

TESORO CÓSMICO

LOUIS G. MILK

Tesoro cósmico

Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/013

CAPÍTULO PRIMERO

Arremolinándose, el viento cogió en sus impalpables dedos la arena de una duna, formando con ella un embudo que ascendió unos centenares de metros, en medio de lúgubres silbidos, en la grisácea penumbra del ambiente, denso y pesado como una losa de plomo.

Poniendo una nota vertical sobre la horizontal infinita del paisaje, apenas alterada por leves ondulaciones que contribuían a hacer mayor la monotonía del terreno, la astronave bajó lentamente, despidiendo rugientes chorros de gases que frenaban el descenso, agitando las capas atmosféricas con su profundo sonido, largamente transmitido en la distancia.

Fue descendiendo poco a poco, lenta, pero con seguridad, hasta tomar contacto con el arenoso suelo, en el que se hundió unos cuantos metros a causa del enorme peso, oyéndose a continuación un estampido que rebotó fragorosamente, haciendo que la nave interestelar se tambaleara peligrosamente, estando a punto de caer a un lado, cosa que logró evitarse merced a un pronto y acertado uso de las toberas laterales de dirección que contuvieron con relativa facilidad el alarmante movimiento de desequilibrio.

Una escotilla se abrió en lo alto de la espacionave. Alguien se asomó, aspiró el aire e hizo una mueca de desagrado, al mismo tiempo que decía:

—Respirable, pero…

—Pero, ¿qué? —le preguntó otro hombre que estaba a su lado.

—¡Hum! No me gusta nada esto —rezongó el primero que había hablado—. Lo encuentro tétrico.

—No hemos venido aquí para hacernos consideraciones más o menos sentimentales, sino para buscar ese yacimiento de AntiGe —pulsó un botón y una serie de peldaños salieron automáticamente de la cilíndrica pared—. ¡Vamos abajo! Según el plan establecido, lo primero que tenemos que hacer es la instalación del ascensor. Es una lata tener que subir y bajar durante ciento cincuenta metros, únicamente a base de pies y manos.

—Conforme, pero...

Se calló. Bruscamente interrumpido y empujado con tanta violencia hacia adelante, que hubiera caído en aquel abismo que se abría entre la escotilla y el suelo, a no ser rápido de reflejos y asirse al primer escalón saliente que tenía a mano.

—¡Al fin! ¡Al fin he vuelto! ¡Oh, creí que nunca iba a llegar el momento en que pusiera mi pie en este planeta!

El hombre que había sido empujado de tal forma que estuvo a punto de estrellarse contra el suelo a ciento cincuenta metros de distancia más abajo hizo una flexión de brazos y volvió a lugar seguro, llameándole los ojos.

—¡Podía usted tener un poco más de cuidado, señor O'Malloy! Ha estado a punto de matarme.

Retrocedió un paso el otro, variando su tono de exultación en otro completamente distinto, lleno de humildad, semejando un perro golpeado:

—Lo siento, señor McKay. Le suplico mil perdones. Pero, compréndalo, Estaba ciego.

McKay continuó refunfuñando, hasta que el que se había asomado con él intervino:

—Déjalo, Tracy. Ha padecido un largo calvario y realmente, si es verdad todo lo que nos contó, ha llegado a la meta. Bajemos.

—Sí, será lo mejor, Sean. Andando.

Quince minutos después, los dos hombres, acompañados de O'Malloy, pisaban el suelo de aquel desconocido mundo, hundiéndose casi hasta el tobillo en la arena.

Sean Lundy no pudo menos de echar un vistazo en torno suyo.

—¡Dios mío! ¡Qué desolación! ¡En mi vida he visto nada igual!

—Es cierto —murmuró Tracy McKay—. ¡Qué tristeza! ¡Es algo horrible! Y luego esta semipenumbra. Todo gris. Gris la arena. Grises aquellas rocas que se ven a lo lejos. Gris el cielo. Creo que hasta el aire respirable es del mismo color.

—¡Magnífico nombre! —dijo Lundy—. El Planeta Gris. Sí. Creo que este nombre es el más apropiado. Creo...

No llegó a expresar su pensamiento. Tracy McKay había soltado un rotundo juramento:

—¿Qué es esto? ¡Maldición! ¡Sí que es mala suerte!

Ante los ojos de los tres hombres se extendía una enorme grieta con los bordes rotos, desgarrados, semifundidos, que alcanzaba la casi totalidad de uno de los tubos de impulsión de la astronave.

—Ahora caigo. Aquel extraño ruido que oírnos al aterrizar era la explosión de este tubo —aclaró Lundy, continuando—: Pero, ¿cómo ha podido ocurrir esto?

Se aproximó al lugar de la avería, acompañado de McKay y O'Malloy, teniendo al instante de explicación. El peso de la nave sideral había hecho que el extremo del tubo, a pesar de los salientes que impedían que la boca del mismo tocara al suelo, se hundiera en la cúspide de una duna que lo había cegado momentáneamente, cristalizándose la arena en un segundo, a causa de las elevadas temperaturas, y ocasionando la explosión al no poder resistir las cilíndricas paredes una tremenda presión para la que no estaban preparadas.

—Este es un contratiempo con el que no contábamos, McKay —dijo Lundy.

—Tenemos tiempo más que de sobra para repararlo. Antes de regresar a la Tierra debemos hacer nuestro agosto, llenando los almacenes del aparato de AntiGe —respondió el interpelado—. A propósito, O'Malloy, usted que ya ha estado por estos lugares, ¿ha sido correcto el aterrizaje? Me refiero no a la forma, sino a la situación.

—Sí... Sí. Creo que éste es el punto más aproximado.

La cara de Lundy mostraba extrañeza al inquirir:

—¿Es que no está usted seguro, O'Malloy?

—En realidad...

—¡Hable de una vez, hombre de Dios! —gritó el impaciente McKay, exasperado por las dudas del hombre.

—Es que en este planeta todos los paisajes son tan parecidos... —se quiso disculpar.

—¡Sólo nos faltaba esto! Después de tantos sinsabores y con las delicias del viajecito que hemos disfrutado —gimió McKay.

—Mira, McKay —terció Lundy—. Tú eres el jefe de la expedición y tienes el mando absoluto de ella. Pero si me permites un consejo, te diré que lo mejor que podemos hacer es instalar el ascensor y comenzar nuestros trabajos de instalación. Tomaré una patrulla de exploradores y tú te quedas aquí con los grupos de reparación. Esa tobera debe ser arreglada cuanto antes. De otra forma no podríamos movernos de Gris.

—¡Gris! —exclamó despectivo McKay—. ¡Vaya un nombrecito! Pero es el único que le cuadra. Como sigamos muchos días aquí voy a enfermar y mi piel tomará este color antes de que me dé cuenta. Está bien. No hay que perder ni un minuto más.

Una hora más tarde estaba listo el ascensor y los diferentes grupos de técnicos y especialistas comenzaban a bajar con sus herramientas, enviando las más pesadas por el montacargas, amplia plataforma de más de diez metros de anchura, capaz de soportar pesos de hasta veinte toneladas merced a un potente motor auxiliar convenientemente instalado. McKay en persona, junto al que se hallaban Lundy y O'Malloy, dirigía los trabajos, sin escatimar sus frases de censura, envueltas en unos cuantos litros de vinagre:

—¡Ey, Jack! ¿Es que te has creído que ese soldador me lo han regalado? ¡Qué hombres! No saben distinguir la mano derecha del pie izquierdo. ¡Por el amor de Dios, Blanks! Que eso no se maneja así, sino de esta forma. ¿Y usted era el especialista diplomado? No me haga reír. Me gustaría tener al alcance de las manos a sus profesores. ¡Sean!

—¿Qué quietes, vieja gruñona? —le sonrió el segundo.

—¿Cuándo piensas partir? ¿Es que te crees que el AntiGe se va a venir solito a los almacenes que le hemos preparado allá arriba?

—Espero que me envíen los dos autotractores que necesito. No me harás ir a pie, ¿verdad? —le sonrió Sean.

—¿Qué tienen tus pies que son distintos de los demás? ¡Oh! ¡Ya no sé lo qué me digo! ¡Johnny! —el aullido levantó un remolino de arena—: ¡Ese soplete, animal!

—¡Ah! Ahí viene D. F. Moore. Viene conmigo, ¿sabes? —dijo suavemente Lundy.

—Sólo siento una cosa, Sean —murmuró McKay, viendo acercarse a la mujer, cuyos inflamados cabellos ponían una nota de vivísimo contraste en la uniformidad gris de la superficie del planeta.

—¿Qué es ello? —Sean hizo la pregunta sin mirar a su jefe y amigo.

—¡Que volverá! ¡Una mujer en la expedición! ¡Qué bien supo cazarme!

—Amigo Tracy, no te quejes. Tú hiciste los contratos y al redactarlos te olvidaste de un importante detalle. Esa fue tu perdición.

—Sí —suspiró el otro—. Perdiendo se aprende, dice el refrán. No me cogerán en otra, ¡Hola, Dommy! —gruñó al acercarse la muchacha, bellísima con sus ojos verdes, debajo de la llama viva que eran sus cortos y alborotados cabellos.

—¡Hola, gruñón! ¡Hola, Sean! Estoy lista. Cuando quieras podemos partir —sonó extrañamente musical la voz de la joven, no ocultas del todo las hermosas líneas de su cuerpo por el uniforme vestido, común a todos los miembros de la expedición.

—Muy bien, pues. Nos comunicaremos contigo con frecuencia, Tracy. O antes, si hallamos algo interesante. ¡O'Malloy! Venga a nuestro tractor.

Desentendiéndose de los tres, McKay volvió a su trabajo, consistente, al parecer, en insultar a todos y cada uno de los operarios que se afanaban en quitar la arena solidificada, convertida en una durísima masa de un verde sucio, con rayas negruzcas, y que obturaba por completo la salida del tubo impulsor número cinco. Pero al mismo

tiempo que hablaba, gritaba, aullaba y vociferaba, empleando para ello las más enérgicas y pintorescas voces de que disponía su inagotable repertorio, trabajaba como dos hombres, no regateando sus esfuerzos ni a unos ni otros. Cosa curiosa: ninguno de sus subordinados se sentía ofendido por los atroces insultos que se le escapaban a cada momento. Es más, parecían divertirse enormemente cada vez que soltaba una retahíla de frases más o menos gruesas, que a fin de cuentas conseguían el propósito que animaba a McKay: adelantar el trabajo en todo cuanto fuera posible.

Levantando nubes de arena, los dos tractores comenzaron a caminar, a una velocidad relativamente pequeña, dadas las numerosas irregularidades de aquel desierto de arena, que no parecía tener límite si no era al fondo, en el horizonte, a una distancia que no era posible precisar, ya que la monotonía del color hacía dificilísima la apreciación de distancias a simple vista. En la cabina del tractor que abría la marcha, amplia, encristalada, completamente aislada del ambiente exterior, así como de los ruidos, iban los tres: Sean Lundy, D. F. Moore y O'Malloy, este último callado, silencioso, con la vista al frente, en tanto que los dos jóvenes charlaban de temas indiferentes.

—¿Vamos bien por aquí, O´Malloy? —preguntó al cabo de un rato el primero.

—Sí; supongo que sí. Aquella fila de colinas bajas me es conocida. Si son las que yo supongo, no puede hallarse muy lejos el lugar en que encontré el yacimiento de AntiGe.

—Dommy, si lo que dice O'Malloy es cierto, nos vamos a hinchar —sonrió alegremente Sean.

—¡Es cierto! —gritó el aludido, enrojeciendo, pero volviendo en seguida a su aparente timidez, siempre con los ojos en continuo movimiento, como temeroso de ser golpeado.

—Bueno, bueno, no se enfade, O'Malloy. Le creo. Las demostraciones que nos hizo usted en la Tierra nos convencieron más que suficientemente. ¿O es que cree que nuestra compañía financió la expedición de cincuenta de sus mejores técnicos y especialistas, y perdone la inmodestia en lo que a mí se refiere, por dar un viaje de recreo por los espacios?

—No le quise molestar, señor Lundy. Fue...

La mano de D. F. se posó sobre el brazo del hombre tímido.

—No se preocupe, señor O'Malloy. Lundy no le quiso molestar. Cree, como creemos todos, en su palabra. Y ahora basta ya de discusiones sobre el mismo tema. Lo que interesa es hallar el AntiGe.

—¡Amén! —sonrió Lundy, alargando la mano derecha y dando media vuelta a un conmutador.

Inmediatamente comenzaron a oírse las notas de una popular canción que acompañaron los dos jóvenes, tarareándola.

Así se les hizo más corto el camino. Había muchísima distancia del lugar en que la astronave había aterrizado a la fila de romas colinas, que apenas si semejaban otra cosa que dunas ligeramente más elevadas que aquéllas por las que navegaban los dos tractores, que parecían más bien dos naves acuáticas, surcando las aguas de un océano alborotado. Remontar una duna, para bajar al segundo siguiente, permaneciendo durante otra fracción idéntica de tiempo en horizontal, hasta que llegaba la ascendente pendiente de otra combada masa de arena, y así hasta casi un infinito y aburridísimo movimiento pendular, que cesó cuando los tractores remontaron, con fácil esfuerzo, el centenar de metros de altura de la colina más alta de la fila.

—¡Dios santo! —exclamó Sean, mirando hacia adelante—. ¡Todo es lo mismo! ¡Todo igual!

—Esto no tiene fin. Todo este planeta debe ser igual —murmuró, un tanto atemorizada, D. F. Moore, apretándose, por instinto, contra Lundy, al ver varios remolinos de arena correrse, agitados por el viento, hacia su izquierda y deshacerse al influjo de otra ráfaga contraria.

—Creo que convendría echar un vistazo por aquí —dijo atreviéndose, con un gran esfuerzo, O'Malloy. Lundy aprobó inmediatamente tal determinación. Saltó al suelo y ofreció su mano a la muchacha.

Los ocupantes del otro tractor les imitaron y se acercaron hacia ellos. Sean les ordenó:

—Llevaos los detectores y no os olvidéis de las armas. Recordad lo que nos ocurrió a bordo del aparato.

—Para lo que nos sirvieron —gruñó uno de ellos, subiéndose a la parte posterior del tractor y entregando a su compañeros lo ordenado.

—Si ocurre algo, no dejéis de avisarnos par radio —terminó Sean,

cogiendo sus trastos, que O'Malloy le alargaba obsequiosamente y entregando un rifle a D. F. Se quedó con un contador de Geiger y dejó el transmisor de radio para O'Malloy.

Echaron a andar hacia abajo, por la suave pendiente rocosa, recubierta a trozos por la arena, que no libraba a nada de su invasión. Sean Lundy marchaba en cabeza, con el contador abierto y dispuesto a detectar cualquier signo de radiactividad; D. F. Moore en el centro, con el televisófono portátil, y en retaguardia, el siempre temeroso O'Malloy con el rifle dispuesto, lanzando constantes miradas a uno y otro lado. Sobre la caravana pesaba la opresión del ambiente y sus miembros apenas si cruzaban entre sí las palabras imprescindibles.

Un suave chasquido se dejó oír, al mismo tiempo que se iluminaba la lamparita de neón del Geiger. Pero no se repitió.

—Leves indicios de radiactividad —murmuró Lundy. Los otros dos asintieron con la cabeza.

Sean movió el contador de un lado a otro, sin conseguir que se repitiera la señal de detección, y, encogiéndose de hombros, murmuró:

—Continuemos. Quizá más adelante...

Cien metros más allá se sucedieron los chasquidos con intervalos de algunos segundos. Una nueva detención y entonces fue la mujer la que habló:

—Parece que nos vamos acercando.

—Pero no se ve otra cosa que arena, arena y siempre arena —exclamó Lundy, con un tono levemente despechado en su voz. Ya habían dejado a sus espaldas aquellos cerros pedregosos. Continuó—: Llame a los otros, a ver si han hallado algo.

D. F. dio media vuelta al interruptor del transmisor doble, auditivo y visual, en el que una pantalla de unos doce centímetros de ancho por diez de altura reflejaba cuanto se veía, con un alcance teórico de varios centenares de millas. Apenas lo había hecho, surgió de la parte posterior la antena, que se desarrolló completamente, dividiéndose en su final en cuatro brazos en cruz y, hecho esto, abrió la boca.

No tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra.

Por el círculo enrejado que había encima de la diminuta pantalla, y que era un micrófono de doble sentido, emisor y receptor, le llegó un

torrente de voces excitadas:

—¡Jefe! ¡Jefe! ¡Vengan! ¡Aquí! ¡Pronto! ¡Rat-ta-ta-ta-ta-rat...!

Como si se estuviera haciendo fuego ahí mismo, la hilera de detonaciones de una pistola ametralladora resonó estruendosamente, callándose cuando hubo soltado una docena de disparos.

—¿Qué ocurre, Henkers?

Este grito fue emitido por Lundy, mirando la escena que se veía reflejada en la pantalla, por encima del hombro de D. F., contemplando cómo los tres hombres de la otra patrulla estaban agrupados, hombro con hombro, mirando aterrorizados a algo que no se podía ver desde allí.

—¡Dungo! ¡Dungo ha vuelto!

—Imposible —rugió Lundy—. Lo matamos a bordo de la espacionave.

—¿No lo ve? Mírelo, jefe. A veinte metros de nosotros. Se nos va a echar...

De nuevo volvió a tronar la ametralladora; que calló bruscamente para ser substituido su crujido por una serie de horrorosos lamentos y gritos de pánico, y que también cesaron de repente, en el mismo momento en que toda visión desapareció de la pantalla que sostenían las azogadas manos de la muchacha.

—¡Henkers! ¡Snitkin! ¡Bradford! —llamó Lundy, volviendo a repetir los nombres de los miembros de la otra patrulla.

Pero sólo le respondió el acre silbido del viento y, consternado, Sean miró a la mujer y a O'Malloy.

—Es increíble, pero ¡Dungo ha vuelto!

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —chilló aterrorizado O'Malloy, al mismo tiempo que D. F., asustadísima, instintivamente se acercaba a Lundy.

—No lo sé si puede o no puede ser, pero lo vamos a averiguar inmediatamente —exclamó decidido Lundy—. Tome el contador. Yo cogeré el arma. ¡Vamos allá!

Con largas zancadas comenzó el ascenso de la colina, seguido por D. F. O'Malloy titubeó y al fin les imitó, con una extraña expresión en la

mirada.

Pero de repente la muchacha detuvo a Lundy, poniéndole una mano en el brazo. Clavó sus verdes ojos en los del hombre y le dijo:

—¿Se ha dado usted cuenta de una cosa, Lundy?

Éste la miró sorprendido.

—No. ¿De qué se trata, Dommy?

Ella inspiró profundamente antes de hablar y sus palabras fueron en verdad sensacionales:

—¡DUNGO NO HA APARECIDO EN LA PANTALLA TELEVISORA!

—Bien, ¿y qué quiere decir eso? —replicó el hombre impaciente.

—No ha aparecido por la sencilla razón de que no impresiona los objetivos. ¡SOLAMENTE PUEDE SER PERCIBIDO POR NUESTRAS RETINAS!

CAPÍTULO II

La cosa empezó varios meses antes, cuando Cass O'Malloy llamó a la puerta del despacho de Michael Lunnigan, presidente de la todopoderosa «Lunnigan Trading & Co., Ltd.», una de las más importantes empresas terrestres de transporte interespacial. Pero antes de que consiguiera llegar O'Malloy al antedespacho del «Pirata» Mike, como confidencialmente y muy alejados de cualquier micrófono le llamaban los que sostenían alguna conversación relacionada con él, tuvo que librar una verdadera carrera de obstáculos y una batalla de sin igual ferocidad con cada uno de los celosos secretarios de ambos sexos que le salían al paso en el despacho siguiente al que acababa de franquear.

Empleó para cada secretario o secretaria una semana al menos, y el «Pirata» tenía ocho o diez, de modo que cuando menos tardó dos meses en ver el purpúreo rostro del dueño de la «Lunnigan», y cuando, al fin, lo consiguió, todo el rascacielos en que estaban instaladas las oficinas de la compañía tembló ante la serie de atronadores berridos

que dio el jefazo supremo.

Trepidaron los altavoces a los cinco minutos de haber desaparecido O'Malloy en las profundidades del sanctasanctórum que era el despacho de Lunnigan.

—¡Crale! ¡Drexel! ¡McKee! ¡Mabel! ¡Manxman! Veinte segundos después, tres asustados hombres y dos mujeres, cuyos rostros parecían no conocer la menor de las artes del maquillaje, comparecían, convertidas sus piernas en mantequilla, ante el exasperado Mike.

—¿Por qué? ¿Por qué no me pasaron inmediatamente a mi presencia al señor O'Malloy? ¿Quién de ustedes ha sido el estúpido que le cerró el paso? ¡Vamos a ver, contesten! ¡¡CONTESTEN!!

Bailó el artístico tintero que había sobre la mesa ante la trepidación del vozarrón de Lunnigan, cuyos grises ojos debajo de las hirsutas cejas despedían rayos y centellas, y al fin el señor Crale, primer secretario, se atrevió a murmurar tímidamente:

—Yo... La señorita Manxman...

—¡No eche a nadie las culpas! ¡Salgan inmediatamente de aquí! ¡Tráiganme en el acto a McKay y Lundy! ¡Los necesito ahora mismo!

—Están de vacaciones... —se atrevió a decir en voz muy bajita la señorita Mabel.

—¡¡No hay vacaciones ya para esos dos!! Movilicen un batallón de detectives y que me los traigan. ¡Vivos o muertos! —Lunnigan se dio cuenta del patinazo que había dado en su exasperación y rectificó—: Muertos, no; vivos y bien vivos. Pero en seguida. ¡Vamos! ¿A qué esperan?

Una hora larga hubo de esperar el irascible «Pirata» antes de que los dos requeridos se hicieran visibles. Una hora inacabable, durante la cual, hablando consigo mismo, mordiendo los puros, paseándose incansable ante el terror cada vez en mayor aumento de O'Malloy, que se había hundido en las profundidades de un cómodo butacón, Lunnigan echó humo por todos y cada uno de los poros de su cuerpo.

Los dos personajes requeridos llegaron al fin, con señales inconfundibles de haber sido arrancados a la fuerza de su profundo sueño, más profundo cuanto que se habían ido a dormir después de una noche pasada de claro en claro.

—¿Qué ocurre, «Pirata»? —McKay era el único que se atrevía a dar tal tratamiento a Lunnigan debido a la confianza que reinaba entre ellos.

—¿Dónde estabais que habéis tardado tanto en venir? —gruñó el otro, haciendo que sus dos interlocutores abrieran mucho los ojos.

—Estamos de vacaciones, no lo olvide, señor Lunnigan —se atrevió a protestar Lundy.

—Ya no hay vacaciones para vosotros. Se os han acabado —se apresuró a alzar una mano para tranquilizar a los dos hombres—. Tendréis una buena recompensa. Quizás una participación en el negocio… si sale bien.

McKay y Lundy se miraron, como comunicándose sus pensamientos. Lunnigan tenía merecido el apodo y no prometía gollerías así como así. La cosa, pues, tenía su importancia.

—¿De qué se trata, viejo? —le preguntó McKay. Lunnigan no contestó por el momento. Volviéndose hacia su mesa de despacho, levantó un libro y sacó de debajo de él un trozo de metal aproximadamente del mismo tamaño, pero de medio milímetro de espesor.

—De esto. De un yacimiento de este metal.

—¡Bah! —McKay ahogó un bostezo—. Hierro. ¿Es que no hay bastante en la Tierra?

Lunnigan sonrió satisfecho.

—¿Hierro? —dijo—. ¿Hierro? —repitió, y en el mismo momento hizo algo extraño, pues, abriendo los dedos índice y pulgar con los que sostenía el rectángulo metálico, lo soltó.

¡EL TROZO DE METAL NO CAYO AL SUELO!

Se mantuvo exactamente en la misma posición en que lo había dejado Lunnigan, ante las estupefactas miradas de los dos hombres, cuyos ojos se habían abierto desmesuradamente.

Lundy alargó su índice, señalando aquel pedazo de hierro que flotaba en el espacio.

—¡No! ¡No es posible! ¡Todavía me dura…! —Y, diciendo esto, se abalanzó sobre la mesa, en la que se veían una botella y un par de vasos. Pero Lunnigan fue más rápido y se lo prohibió.

—¡Alto! ¡Está usted ya de servicio nuevamente y se ha acabado el licor!

—¿Qué es eso? —preguntó McKay, recobrando el habla al fin, encendiendo vacilante un cigarrillo.

—Lo que tanto hemos buscado. Lo que tanto se ha intentado conseguir desde hace siglos, pero siempre en vano —respondió satisfecho Lunnigan—. Algo que revolucionará la industria de arriba a abajo. Y, en fin, algo que nos hará nadar en oro. —Tomó aliento y lo soltó, en dramático tono— ¡METAL ANTIGRAVEDAD!

McKay y Lundy botaron simultáneamente. Gozándose con su estupefacción, Lunnigan tomó el cuadrado metálico, de un gris sucio, muy poco brillante, y lo cambió de posición, poniéndolo vertical. Luego, de un cajón de su mesa de despacho extrajo una pesadísima pistola de inacabable cañón, que montó. Se fue hacia donde estaban sus dos compañeros y, ante la expectación de éstos, tomó puntería al mismo tiempo que hablaba:

—Si mal no recuerdo, un proyectil de éstos tiene fuerza suficiente para atravesar una plancha de blindaje de acero al molibdeno de dos centímetros de espesor. Ese trozo de metal que hay enfrente no tiene medio milímetro de grueso. Ahora veréis.

¡Bang! ¡Piiiiing... !

Primero fue el terrible estampido de la pistola el que hizo retemblar las paredes de la estancia. Luego el agudísimo gemido del proyectil al rebotar contra la planchita, que dio dos o tres vueltas sobre sí misma, quedándose después un tanto ladeada. La bala se hundió en el techo.

Un tropel de excitadas cabezas se asomó por puerta del despacho, pero Lunnigan les echó sin contemplaciones:

—¡No ha pasado nada! ¡Lárguense!

Desaparecieron al momento. Después se dirigió a los dos compinches y les mostró el lugar en que había impactado el proyectil.

—¿Qué os parece? Apenas una rayita de nada. Pero todavía falta lo bueno.

Lo bueno era algo que dos hombres introdujeron en aquel momento descargándolo en el suelo con gran esfuerzo. «Pirata» los despidió con un gesto de la mano y, cuando se quedaron solos, se puso la máscara

protectora, conectando a continuación la llama del soplete sobre el metal.

Diez minutos después, con un chasquido, Lunnigan cerró el paso al gas y al resplandor cesó, con gran alivio de los tres hombres. El metal continuaba intacto.

—Veinticinco mil grados. Veinticinco mil grados que ha soportado como si tal cosa —murmuró Mike—. Esto es lo más grandioso que se ha descubierto desde que los hombres substituyeron sus hachas de sílex por otras de hierro. Seremos los dueños de una inmensa riqueza. ¿No os dais cuenta de lo que esto supone?

McKay y Lundy asintieron débilmente. Un enorme y sensacional descubrimiento. Reduciría el peso de las astronaves al mínimo, aumentando así la carga útil. Más mercancías y pasajeros a transportar por los espacios. Desaparecerían los desagradabilísimos efectos de la aceleración. Las toberas de salida de gases serían eternas, en lugar de tener que ser renovadas a cada viaje. En caso de una guerra, un blindaje de metal antigravedad sería inapreciable, resistente a todos, absolutamente a todos los proyectiles. Y la «Lunnigan Trading & Co. Ltd.» sería la única concesionaria de tales beneficios, ya que eran los únicos que poseían tal secreto. Ríos de oro, literalmente hablando afluirían a las cajas de la sociedad.

—¿Cuándo... cuándo salimos? —preguntó McKay al fin, cuando recuperó el habla.

Lunnigan se echó a reír.

—Todavía no me habéis preguntado muchas cosas que os serán necesarias. Permitidme que os presente al señor O'Malloy, el autor de tan interesante descubrimiento...

Los pensamientos de Sean Lundy quedaron cortados, suspendiendo su evocación al notar la brusca presión de la mano de la muchacha.

Allí, a unos quince metros de ellos, esparcidos en otro espacio de terreno, se hallaban los cuerpos tendidos de tres hombres, en trágicas posturas, con los ojos muy abiertos, expresando en sus yertas pupilas todo el horror por que habían pasado antes de morir.

Lentamente, con el arma preparada a todo evento, Lundy se fue acercando a los cadáveres que salvo la expresión de espanto, no mostraban nada de particular, ni siquiera un rasguño, y al cabo de un momento de atento examen se incorporó, murmurando:

—Igual. Igual que los que murieron durante el viaje. De no verlo, no lo creería,

—Dungo, ¿verdad? —musitó la muchacha, procurando evitar la contemplación del espantoso espectáculo que se ofrecía a sus miradas.

—Sí. Los síntomas son exactamente iguales —respondió Lundy, y luego se dirigió airado a O'Malloy—. ¿Por qué, antes de partir de la Tierra, no nos advirtió usted de este peligro?

El hombre retrocedió un paso, como si temiera ser golpeado.

—Creí... —balbuceó—. Creí que todos los Dungo estaban exterminados ya. Cuando yo conseguí escapar del planeta Gris no había ninguno.

—Conque no había ninguno, ¿eh? —murmuró sarcástico Lundy—. ¿Y aquél que se nos presentó de improviso en la astronave? ¿Se lo sacó usted de algún bolsillo?

—Señor Lundy, no sea injusto con O'Malloy —terció la muchacha saliendo en su defensa, sin saber que, a corta distancia, agazapado tras un pequeño montículo rocoso, un ser de extraño aspecto los estaba mirando, vacilando entre lanzarse al ataque o iniciar una retirada estratégica.

Dungo estaba satisfecho y eso fue lo que, de momento, salvó las vidas de los tres extranjeros que se hallaban a veinte metros de él, haciendo comentarios que él no comprendía en su fase sonora, pero que, sin embargo, su cerebro le traducía perfectamente. Dungo estaba ahíto. Llevaba ya muchísimos años sin oxígeno y los deliciosos glóbulos rojos de sus tres víctimas se lo habían proporcionado en abundancia, aparte de vengar la muerte de su esposa, destrozada por aquellos monstruos que habían venido a invadir su planeta.

Agitó, nervioso, los diez dedos de su mano derecha e, instintivamente, las diez ventosas en que terminaban se apretaron contra la roca, tratando de absorber el gaseoso elemento vital para él, sin conseguir nada práctico. Gruñó impaciente y los filamentos de su cresta se agitaron vibrátiles. De no haber estado repleto se hubiera lanzado contra los intrusos, no para consumir el oxígeno en que tan ricos eran sus cuerpos, sino para vengar la muerte de la dulce Simga.

Tiempo tendría de vengarse, díjose Dungo para sus adentros. También aquellos extraños bípedos eran listos y, cuando habían conseguido deshacerse de su mujer, tenían que poseer medios potentes

absolutamente desconocidos para él. Los estudiaría primero. Sabiendo su manejo, sabría también la manera de contrarrestarlos, cosa fácil para él, dada su enorme sabiduría acumulada durante largos siglos de existencia, y después el espíritu de Simga reposaría satisfecho en la inmensa tumba que era el espacio que había más allá arriba de la nube gris que cubría eternamente su planeta.

Ahora debía dejarlos. Debía marchar al campamento central para observar el terreno. Convenía no dejar ningún punto débil en su plan de ataque. Pero en el momento en que se ponía en píe, un grito de mujer le sobresaltó.

D. F. estaba hablando tranquilamente con Lundy, disponiendo la manera de regresar, cuando de repente sus pupilas se dilataron al ver una cosa horrible a una veintena de pasos de distancia.

—¡Allí! ¡Allí! —su alarido conmovió la atmósfera—. ¡Dungo!

Lundy se volvió y contempló el monstruoso ser cuya piel cambiaba continuamente de color. De una altura de tres o más metros, con unos horribles brazos terminados en diez larguísimos dedos cada uno, en los que, en lugar de uñas, había unas acampanadas ventosas, sus espantosos ojos rojos, debajo de una despeja frente en la que empezaba un pelado cráneo, les contemplaban airados. Una cresta también rojiza, compuesta de unos hilos de medio centímetro de grueso por quince o veinte de longitud, que se agitaban incesantemente, acababa de ornar aquella espantosa bestia que, dando media vuelta sobre sus zancudas piernas, parecidísimas a los brazos, emprendió la huida de aquel lugar.

—¡Mire, Lundy! Fíjese en esto —exclamó D. F. enseñándole la pantalla de televisófono portátil—. ¡Dungo no se refleja!

——No sé si se refleja o no —rezongó Lundy—, pero le voy a dar para el pelo.

Alzó el ametrallador y un río de balas se encaminó al encuentro del cuerpo del monstruo. Pero, a medida que iban saliendo estas de la boca del arma, Sean Lundy, asombrado, estupefacto, iba contemplando por la mira televisora cómo los proyectiles, de diamantina dureza, iban atravesando el cuerpo de la bestia, que, gimiendo hondamente corría a toda velocidad en busca de un refugio y al llegar al suelo levantaban grises nubecillas de arena.

De repente desapareció el monstruo. Súbitamente. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

D. F. dio un grito, sorprendida y nerviosa. Lundy aflojó la presión de su índice sobre el disparador, abriendo muchísimo la boca. Los ecos de las explosiones fuéronse perdiendo a lo lejos, rebotando de duna en duna hasta que el triste silbido del viento, soplando a rachas, fue lo único que conmovió los tímpanos de los terrestres.

—¡Santo Dios! ¿Lo habré desintegrado? —se preguntó a sí mismo.

Sin hacer caso de sus dos compañeros, despreciando el posible peligro, corrió hacia el lugar en que Dungo había desaparecido, comprobando luego que allí no había el menor rastro de que un ser, animal o de la especie que fuera, hubiera estado un minuto antes allí.

Con la cabeza gacha, abrumado por mil contradictorios pensamientos, volvió hacia donde le aguardaban D. F. y O'Malloy.

—¡Se lo ha tragado la tierra! —murmuró lúgubremente, y, luego, reaccionando, miró a la muchacha—: Póngame con el campamento base.

Tomó el televisófono cuando ella estableció la comunicación, y dijo:

—Lundy al habla. ¿Está por ahí McKay?

Le respondió el vozarrón del jefe de la expedición:

—¿Qué ocurre? ¿Habéis encontrado ya el yacimiento de AntiGe?

—No, pero sí hemos visto a Dungo.

La noticia dejó sin habla momentáneamente a McKay. Sin habla inteligible, porque de su boca salió una riada de imprecaciones y palabrotas de tal manera, que Lundy tuvo que apartarse el micrófono todo lo que le permitía la longitud de su brazo, hasta que el otro concluyó, diciendo:

—Como te hayas traído whisky de contrabando, te desollaré vivo, Sean Lundy.

—¡No seas idiota! —gruñó éste con aspereza—. Te digo que Dungo ha vuelto y, por si fuera poco, nos ha matado a Henkers, Snitkin y Bradford. De la misma forma que a O'Reilly, Denham, Bruguins y Hurd, a bordo de la astronave.

Hubo un momento de intenso silencio, que fue luego roto por la voz de McKay.

—Está bien. Recoged los cadáveres y volveos inmediatamente al Campamento Base. No podemos seguir la operación en tanto que Dungo ande merodeando por ahí. Antes deberemos liquidarlo.

—¿Pero cómo? —inquirió Lundy—: En la espacionave fue una cosa relativamente fácil, pero aquí la cuestión varía por completo. Tiene todo un planeta donde esconderse.

—No lo sé y no me repliques, Sean. Haced lo que os digo inmediatamente. No quiero más víctimas. ¿Lo entiendes?

—A la orden, jefe —y cerró la comunicación.

CAPÍTULO III

Ante la importancia del descubrimiento de O'Malloy, no tardó en hallarse alistada la expedición, a cuyos miembros no se les dijo nada acerca de lo que consistiría su misión. Por un acuerdo común entre Lunnigan, O'Malloy, McKay y Lundy se guardó un absoluto secreto sobre el metal antigravedad, bautizado provisionalmente con el nombre más breve y por lo tanto más fácil de pronunciar de AntiGe.

—La cosa es demasiado gorda para que lo sepa todo el mundo... Si se enterasen ahora, no dejaría de filtrarse alguna información y algún competidor podría echarle la zarpa encima a O'Malloy, sacándole la posición del planeta en donde se hallan los yacimientos de AntiGe, ofreciéndole más de lo que nosotros le hemos dado, y que no es poco; o por las malas, es decir arrancándole el secreto, aunque fuera torturándole. De modo que lo mejor que podemos decir es que se trata de una expedición corriente de busca de uranio o algo por el estilo, y así nadie sospechará. Es corriente que todas las compañías análogas a la nuestra envíen de vez en cuando alguna nave con misiones parecidas.

McKay y Lundy quedaron conformes con el plan expuesto y, desde el primer día, uno de los dos fue la sombra perpetua de O'Malloy que, con dinero fresco en el bolsillo, procedente de un importante anticipo hecho por Lunnigan a cuenta de los futuros beneficios, parecía un niño gastando sin ton ni son, y aun esto hubiera podido tener una disculpa, si no fuera porque no sabía resistir media docena de copas, y,

entonces, impulsado por el alcohol, desaparecía su natural tímido y asustadizo, convirtiéndose en un ser audaz y dicharachero que expulsaba por su boca cuanto contenía el rincón de la memoria de su cerebro. Pero al fin, todos los peligros quedaron soslayados y llegó el día en que la astronave debía partir para su destino.

McKay ya se hallaba en la gran sala de mandos. A su lado, silencioso, como de costumbre, O'Malloy. El primero gobernaría el aparato hasta hallarse en órbita libre. El segundo lo guiaría hasta el planeta en donde se hallaban las minas de AntiGe, pero siempre bajo la supervisión directa de uno de los dos, McKay y Lundy, quien, como segundo de a bordo, se hallaba en la escotilla pasando lista a todos los miembros de la expedición, según iban remontándose por el ascensor.

—Presente Cartel, John, señor.

—Está bien. Vaya a su sitio y sujétese a la litera

—Bubbins, Tim, a la orden, señor.

—Lo mismo le digo, Bubbins...

Y así hasta que solamente quedó un hueco limpio en el rol de la tripulación: D. F. Moore.

Le llegó por el intercomunicador el grito de McKay:

—¿A qué esperas, Lundy? Es la hora de partir.

—Falta uno. D. F. Moore.

—¿Quién es ése?

—Nuestro experto en comunicaciones, Tracy.

—Como le coja, le voy a desollar...

—Ah! Ya está aquí —le interrumpió Lundy viendo allá abajo, a ciento cincuenta metros una figurilla que saltaba ágilmente al montacargas y que emprendió inmediatamente la ascensión. Cuando llegó arriba, Sean quedó sorprendido ante el extraño aspecto que presentaba Moore, envuelta totalmente la, cara en una bufanda.

—D. F. Moore presente, señor —dijo con voz borrosa, a causa de la prenda de lana que le tapaba la boca.

Lundy le iba a soltar un roción de improperios. Pero se contuvo al ver

el extraño aspecto del recién llegado, olvidándose de la bronca que le tenía preparada:

—¿Qué le ocurre, Moore?

—Una muela, señor —y sin más, asió su saco de mano y desapareció por el corredor, rumbo a su alojamiento.

Sean se encogió de hombros y mandó retirar el ascensor. Quince minutos después se encontraban ya fuera de la Tierra, y al día siguiente estalló la primera tormenta.

La provocó el inaudito hecho de que Tracy McKay se encontrase en los lavabos con un hombre afeitándose. El hecho en sí no hubiera tenido nada de particular si no hubiera visto las mejillas del tripulante totalmente enjabonadas, en tanto se dedicaba a suavizar la navaja.

—¿Qué hace usted? ¿Cómo se atreve a derrochar el agua? ¿Es que no hay a bordo suficientes maquinillas eléctricas?

—Perdone, capitán. Pero las mejillas quedan así más suaves y...

El irascible McKay arrojó todos los adminículos por el expulsor de residuos, vociferando:

—¿Es que se cree usted que hay mujeres a bordo para acicalarse de tal manera? El hombre sonrió, primero sorprendido, y luego, de una extraña manera, encogiéndose de hombros en tanto el capitán de la nave se marchaba rugiendo de ira. Pero ésta llegó al colmo, cuando llamó a la sala de máquinas y no le contestó nadie. Se desgañitó y, al fin, llegó a la conclusión de que había una avería,

—¡Lundy! ¡Lundy! ¿Dónde te has metido?

—¿Qué ocurre? —preguntó éste al cabo de un rato, cuando apareció en el puente, como así se llamaba muchas veces a la cabina de mando.

—La línea con la sala de máquinas ha sufrido una avería. Busca al especialista de transmisiones y que me la repare inmediatamente.

Sean comunicó la orden al tercer oficial, McAndrews, y ya no se preocupó más del asunto. Era su tiempo libre y además estaba a punto de comer, pero apenas se había sentado a la mesa, cuando un fenomenal griterío, transmitido por los altavoces del comedor, desde el puente, le hizo dejar a un lado resignadamente, el tenedor, y dirigirse a inquirir las causas de la cólera de McKay.

Lo averiguó en cuanto entró en la amplia cabina y vio una roja masa de cabellos, encima de un impersonal mono verde gris.

—¡Lundy! ¿Por qué dejaste entrar a bordo a esta mujer? ¡Santo Dios! ¡Lo que nos faltaba! ¡Una mujer en la expedición! Pero, ¿en dónde tenías los ojos cuando estabas en el portalón, comprobando los nombres de los alistados? ¿Es que estabas mirando a la Luna?

—Yo… pero… —Lundy intentó defenderse débilmente, fascinado por la profundidad de aquellos ojos verdes que lo miraban como pidiéndole ayuda, y de repente tuvo una idea—: ¿Usted es D. F. Moore?

—Si, claro. Dominique Frances Moore, especialista en transmisiones. Hacía falta uno en la expedición y me alisté —repuso ella, con voz agradablemente musical.

—Y, ¿quién fue el solemnísimo idiota, el zoquete de cuatro dimensiones que firmó el contrato de la señorita? —masculló McKay —: ¿Cómo no se dio cuenta de que se trataba de una persona del sexo contrario?

Lundy sonrió mefistofélicamente:

—Aplícate todos esos calificativos, Tracy.

—¿Eh? ¿Qué…? ¿Que fui yo…? ¡Pero! —McKay se dio cuenta de la trampa en que había caído y juró largo rato, concluyendo luego con un—: Rescindiremos ese contrato, señorita Moore.

—No puede hacerlo usted —protestó ella indignada—: En el contrato no se especifica para nada el sexo del obrero contratado.

McKay alzó sus manos al cielo:

—¿Quién será el idiota, que ha redactado esos contratos? ¿Por qué no pondría una cláusula especificando que sólo podían venir hombres en la expedición? ¡Ah! —se iluminó su rostro al hallar la solución—: Ya está. Apartado F, número 7. “El contratante podrá despedir al contratado, indemnizándole previamente, si sus servicios no le agradaren”. Los suyos no me gustan, señorita Moore. Solamente resta concretar la indemnización de acuerdo con el apartado L, número 3.

—Está bien, señor McKay —murmuró Moore, despechada—. Ahí tiene los alicates. Disponga todo para mi desembarco en Marte. ¡Ah! Y quiero mi indemnización en metálico y en mano. De lo contrario, y

esto no hay contrato que me lo discuta, me negaré a abandonar la nave.

McKay era un tuno, y así lo primero que hizo fue radiografiar al representante de la Compañía en Marte que, apenas tocó tierra la espaciosa nave, se presentó a bordo con un grueso fajo de billetes. Pero cuando se hallaban en la puerta, contemplando a la muchacha que, con su saco de mano, se disponía a descender, una triple fila de hombres, todos con sus equipajes al hombro, se pusieron en cola para ocupar el ascensor, indicando claramente sus propósitos.

—¿Qué es lo que ocurre? —y contra su costumbre, el tono de McKay era medroso.

—Nada —sonrió Lundy, con los brazos cruzados—: Que no agradas a las partes contratadas y éstas rescinden de motu propio sus obligaciones, aun sabiendo que se costearán el viaje de su bolsillo.

Tracy McKay claudicó. ¿Qué remedio? Era demasiado importante la expedición para que la hiciera fracasar un detalle tan insignificante como el de una mujer, que era la mecha encendida en un polvorín, pero en esta ocasión D. F. Moore no fue la mecha, sino Dungo, que se presentó cuando menos lo esperaban. Es decir, no lo esperaban de ninguna manera y...

* * *

—Ahí está el campamento base —murmuró Dommy, interrumpiendo las evocaciones de Sean Lundy, a las cuales se había entregado en tanto conducía el autotractor por aquel inacabable mar de grises dunas.

Tracy McKay fue el primero en salirles al encuentro:

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ansioso.

Se lo explicó Sean en pocas palabras, diciendo:

—Puedes hacer enterrar los cadáveres de esos desgraciados. No tuvieron tiempo siquiera de defenderse.

—Pero, ¿y sus armas?

Meneó Lundy pesimista la cabeza:

—No les sirvieron de nada. Como tampoco el que yo agotase la carga de mi pistola. Dungo desapareció como absorbido por la tierra, sin dejar el menor rastro.

—¿Es que te temblaban las manos y no acertaste a darle?

—No. Pero, ¡escucha, Tracy! Las balas le atravesaron sin hacerle el menor daño. Lo vi perfectamente. Y Dommy y O'Malloy te lo confirmarán.

McKay lo creyó sin necesidad de apelar a tales testimonios. Su rostro tomó el tinte del terreno que los rodeaba, pero su espíritu era fuerte. Se recuperó al instante.

—Llama al doctor Senham. Que reconozca a los cadáveres inmediatamente. Aunque —agregó en tono pesimista—, ya sé cuál va a ser el resultado de tal examen. Luego hablaremos del contraataque.

Lundy se dirigió hacia la astronave, en la cual los grupos de reparación habían interrumpido momentáneamente su tarea, formando corrillos que murmuraban incesantemente, haciendo comentarios cuyo runruneo, en forma no muy inteligible, llegó a los oídos de Sean, haciéndole concebir negros augurios. Aquello no marchaba. Ligeros síntomas de desmoralización habían sido observados a bordo de la astronave, cuando murieron a manos —¿o a ventosas?— del otro monstruo, los cuatro desgraciados que no tuvieron la suerte de escapar a su voracidad, y tanto él como el jefe, McKay, se las habían visto y deseado para dominar los espíritus alborotados, aunque, afortunadamente para todos la cosa se había logrado sin más que un consumo extraordinario de palabras, que hizo innecesario el empleo de cualquier otro método coercitivo.

El informe del médico de la expedición, el doctor Senham, fue tajante, categórico:

—Estos desgraciados no tienen ni un solo glóbulo rojo en su sangre. Todos los demás elementos de ésta, plasma, fagocitos, persisten, pero ese extraño monstruo, que ha logrado sobrevivir de alguna manera que no logramos explicarnos, y también de una forma inexplicable, aunque muy parecida a la ósmosis, ha absorbido todos los glóbulos rojos que, al parecer, constituyen su alimento esencial.

—¡Cualquiera diría que nos encontramos en tierra de vampiros! —gruñó McKay—: Pero la gente está alarmada y temo que nuestros

trabajos se retrasen si antes no acabamos con ese fantasmagórico Dungo.

—Y ¿cómo? —inquirió Lundy.

—Sí. ¿Cómo? Esa es la cuestión —murmuró meditabundo McKay—: En la astronave fue cosa relativamente fácil, una vez que conseguimos encerrarle en una de las cámaras, pero aquí, libre, en su país, ¿quién es el guapo que le mete mano?

—Tiene que haber una forma. Ese Dungo tiene que ser vulnerable de alguna manera. Todos los seres vivos tienen su punto flaco y ese animal, o lo que sea, porque desde luego está dotado de una gran inteligencia, según hemos podido comprobar, no puede constituir una excepción.

—Callaron todos. McKay, Lundy, la muchacha, el doctor y O'Malloy, formaban un círculo de personas cabizbajas, meditando, poniendo a contribución hasta la última de sus células cerebrales, sin que nadie, de momento, diera con la solución del problema que les acuciaba. Pero aquel silencio fue interrumpido de repente por la presencia de tres o cuatro hombres que irrumpieron de repente en aquel lugar en que los cinco se hallaban sentados sobre unos cajones de provisiones, desembarcados de la astronave. Y el rostro de los que se acercaban era ceñudo, amenazador.

—Jefe —dijo uno de ellos, que parecía ser el cabecilla de aquella especie de motín—, queremos hablar con usted.

—Nunca me he negado al diálogo —rezongó McKay, sin apenas levantar la vista—: ¿Qué ocurre?

—La gente está intranquila, señor McKay.

—Ya lo sé. ¿Es que se creen ustedes que mis sueños son pacíficos y poblados de agradables visiones? —le cortó el jefe de la expedición, con harta mordacidad en su acento.

—No lo sé. Ni nos importa —respondió el otro con cierta aspereza—: Lo que queremos es que se nos garantice la manera de trabajar sin riesgo para nuestras vidas. Aceptamos, como es lógico, todo aquel que se deriva de nuestra profesión, pero no fuimos contratados para luchar con vampiros que se esfuman después de habernos chupado la sangre, dejándonos sin vida.

—Sólo los glóbulos rojos —dijo con sorna Lundy, terciando, volviendo

a caer en su mutismo, desinteresándose de la conversación que continuó áspera, erizada de mutuos dicterios.

—Ustedes no nos dijeron que tendríamos que luchar, si a luchar se le llama caer inermes e indefensos contra tales engendros —continuó el hombre—. Por otra parte, ¿a qué hemos venido a este planeta tan apartado de las rutas comerciales del espacio?

La pregunta era directa. Ya no se podía soslayar ni guardar el secreto por más tiempo. Además, McKay, que no era tonto precisamente, comprendió que si los miembros de la expedición comprendían la enorme importancia de ésta, se afanarían mucho más y lucharían como diablos contra aquella fiera, procurando eliminarla lo más rápidamente posible. Se puso en pie:

—Señor O'Malloy, deme la muestra de metal AntiGe.

—¡No! ¡Es mío y no quiero enseñarlo! ¡No quiero que nadie lo sepa! —gritó, repentinamente enfurecido, perdiendo por unos segundos su habitual expresión conejil.

—¡No sea idiota, O'Malloy! ¿Es que cree que mis hombres lo van a ignorar eternamente? ¿Para qué, pues, se cree que hemos traído los mejores elementos técnicos de la Compañía? ¡Vamos! Démela y no haga más el tonto. De nada le serviría.

—Podría negarme a ello —intentó resistirse, ya con mayor debilidad en su acento, O'Malloy.

—Ni lo sueñe —se echó a reír ásperamente McKay—. Antes de que se diera cuenta ya se lo habríamos arrebatado por la fuerza.

O'Malloy se dio cuenta de que su interlocutor tenía razón. Con un suspiro de resignación metió la mano en el interior del traje y alargó el rectángulo de metal a McKay que lo mostró a los cuatro delegados. Lo dejó en el aire y sus labios se distendieron en amplia sonrisa de satisfacción al ver el enorme asombro de los hombres.

—Esto es lo que hemos venido a buscar aquí. El metal antigravedad. Un metal que no es influido por la atracción de ningún cuerpo celeste. Un metal durísimo, infusible a temperaturas inferiores a veinticinco mil grados centígrados.

—¿Y… y eso… se da… se da aquí? —tartamudeó al fin uno de los otros.

—Sí. El señor O'Malloy fue el primero en descubrirlo y nuestra Compañía se ha anticipado a las demás competidoras en su búsqueda. Solamente el señor Lunnigan y nosotros estamos en el ajo. Busquen a los demás expedicionarios. Pruébenlo con sus pistolas. Usen sus sopletes. Les garantizo que resistirá todo. Incluso la inducción electromagnética no le afecta.

Los cuatro hombres echaron a correr hacia donde los demás tripulantes estaban reunidos, esperando el resultado de las conversaciones. Pero no tardaron ni dos minutos en oírse una serie de detonaciones de armas de combustión química, al mismo tiempo que los maullidos procedentes de los rebotes de los proyectiles comenzaban a oírse muy próximos a las cabezas de los cinco, en vista de lo cual Lundy, tomando el brazo de Dommy, exclamó:

—¡Vámonos! ¡Están medio locos y pueden agujerearnos la cabeza sin que lo sintamos siquiera!

Casi tuvieron que llevarse a la fuerza a O'Malloy que, vueltos sus ojos hacia el numeroso grupo que parecía, como muy bien había dicho Sean, haber perdido la razón, y que tras haberse convencido de la acción de la gravedad, primero, y de su dureza, después, estaban usando un soplete, tratando, en vano, de fundirlo.

Se refugiaron en la parte opuesta, al abrigo de la astronave, silenciosos, sin hacer caso de las excitadas exclamaciones de júbilo que brotaban de los labios de los hombres, continuando ellos callados, durante un buen rato, fumando pensativos, sin ni siquiera la excepción de la muchacha, en silencio, hasta que de pronto fue Lundy el que rompió la tensión en que se hallaban todos.

—¡Ya está! Pero, ¿cómo es posible que no se nos haya ocurrido antes? Tan sencilla como es la solución.

Le rodearon los otros cuatro esperanzados:

—¿Qué es, Sean? —inquirió McKay.

El interpelado les miró satisfecho, sonriente:

—¿Qué es lo que se emplea en la India para la caza del tigre?

—¿Qué tiene que ver… ? —empezó a protestar, gruñendo como de costumbre, McKay, pero abriendo mucho los ojos al comprender—: Si. Eso es. Una trampa. Un lazo. Cualquier cosa que le atraiga.

—¡Naturalmente! —estalló Lundy—. Sabemos que murió. No hay duda, aunque en los primeros momentos, cosa lógica, al ver al otro, nos pareciera que había resucitado. Pero no hay tal, Si le preparamos la trampa con habilidad, Dungo no dejará de acercarse y entonces... ¡Plaf! Dungo que se evapora.

—Está muy bien. Una trampa o un cebo. Pero, ¿qué es lo que piensas utilizar, Sean? —inquirió McKay.

—¿De qué se alimenta esa bestia, zoquete?

Todos lo comprendieron al momento. Estaba claro como la luz del día terrestre. Sin embargo alguien hizo una objeción:

—¿Quién será el voluntario que nos prestará tan exorbitante cantidad como necesitamos?

—¿Quién? —respondió Sean como un eco—. Todos. Nadie echará de menos veinte o treinta centímetros cúbicos de su organismo. Y usted, doctor, ayudado por D. F., empezará ahora mismo la campaña. No podemos perder un segundo.

El médico aceptó entusiasmado. La idea del joven era magnífica y si daba, como esperaba, los resultados apetecidos, pronto se verían libres de aquella ominosa amenaza.

—Venga conmigo, señorita Moore —dijo el doctor—. Hay que obrar rápidamente.

—¡Que sea arterial! —le gritó Lundy cuando ya se alejaban rumbo al ascensor—. ¡Los glóbulos rojos tienen más oxígeno!

En aquel momento, la delegación da los tripulantes se acercó un tanto cariacontecida, pero McKay, satisfecho, no les dejó hablar:

—Muchachos —exclamó—: Nuestras preocupaciones han terminado. Ese Dungo tiene muy pocas horas de vida.

CAPÍTULO IV

Los tentáculos de la cresta de Simga se movieron aceleradamente, en

tanto que su corazón aumentaba la intensidad de sus pulsaciones, pasando de 600 a 800, en pocos segundos. Acababa de descubrir alimento, alimento del que ella y su amado Dungo carecían ya hacia mucho tiempo, Pero, ¿dónde estaba?

Lanzó sus impulsos eléctricos en todas direcciones, en la negra obscuridad que la rodeaba, tratando de localizar el sitio en que abundaba tanto el oxígeno en forma asimilable para ella y que luego llevaría a su esposo, allá en la soledad del Planeta Gris, y tras unas cuantas intentonas, los filamentos le indicaron el lugar donde se hallaba la fuente vital para ella.

No lo dudó un segundo más. Seres ricos en oxígeno viajaban por el espacio a velocidades inconmensurables, pero Simga se movía más rápidamente aún y, convirtiéndose en un borroso relámpago verde, se lanzó en pos de la metálica nave especial.

Se introduciría —de una forma u otra— en la astronave, y allí se hartarla de oxigeno. Llevaría sus reservas al planeta, comunicándole parte de ellas a su amado Dungo, y luego volvería al otro planeta para traer alimentos asimilables por aquel despreciable ser gris que no era capaz, como ellos, de viajar libremente por el espacio, ni siquiera correr por el suelo a una millonésima parte de la rapidez con que lo hacían ellos.

Pero aquel ser les era precioso. Era su única esperanza y debían cuidarlo para así sobrevivir ellos. No tenía más que un inconveniente: que su vida duraba un soplo en comparación con la suya y, cuando se agotara, tendrían que hallar el medio de salir de aquel desierto mundo, en busca de otros donde hubiera animales que poseyeran glóbulos rojos.

Volando en el vacío a velocidades lumínicas, se aferró con las veinte ventosas de sus manos al reluciente costado de la astronave, notando las palpitaciones de la vida de su interior y sintiendo en el suyo una exultación de júbilo. Allí había vida para los dos. Y como un rayo se coló por el orificio de un expulsor de residuos, cuando alguien arrojó fuera el agua procedente de un baño.

Simga tuvo que esperar mucho tiempo en aquella cámara que había entre el exterior y el interior, aguardando el momento en que alguien la utilizara, y al fin, con un chorro de agua, un rayo de luz se filtró en aquel agujero tan obscuro y, cabalgando sobre las partículas luminosas, se metió en la habitación.

Pat O'Reilly acababa de salir de la ducha y se estaba friccionando el cuerpo con una toalla, cuando de repente algo que vio en el espejo le hizo prorrumpir en un alarido de pánico, y al mismo tiempo obró aceleradamente, tratando de salir del cuarto de baño, mas no lo consiguió. Era muy torpe para Simga, que en una milésima de segundo estuvo sobre él, derribándole al suelo y, aplicándole las veinte ventosas, ansiosamente, le absorbió todos los glóbulos rojos de su sangre, ricamente cargados del oxigeno que para ella era tan vital.

El cuerpo del desdichado quedó inmóvil.

Simga hubiera tenido casi suficiente, pero quedaba allá muy lejos su adorado Dungo y debía hacer una provisión mucho mayor para transmitírsela en cuanto se encontraran. Así darían tiempo a que su prisionero renovara su carga de glóbulos y se robusteciera, ya que últimamente estaba tan débil, que el matrimonio temía por su vida, lo cual había impelido a la mujer, la que mas fuerte se hallaba de los dos, a emprender el viaje por los espacios siderales, en busca de algún planeta en el que hallar alimentos para su cautivo.

Pero el grito de O'Reilly había sido escuchado y alguien asomó la cabeza por allí:

—¿Qué te ocurre, Pat? —e inmediatamente soltó un juramento al ver el cuerpo de su amigo tendido en el suelo, y esto fue lo último que vio en su ya cortísima vida, porque algo húmedo, sofocante y pegajoso se le echó encima, haciéndole perder al instante, de una manera definitiva, la noción consciente de cuanto le rodeaba.

La alarma y el desconcierto más absoluto cundieron a bordo. Simga tenía muchos medios para esconderse sin ser hallada y ninguno de los tripulantes pudo encontrar el menor rastro de ella. Y cuando Bruguins también fue hallado muerto de aquella misteriosa forma, que convertía a los cuerpos en una pura estatua de yeso, con la sangre blanca como la nieve, sin el menor rastro de glóbulos rojos, el temor, el miedo más abyecto invadió los ánimos de cuantos viajaban a bordo de la nave.

—Hay que tomar una decisión. Tres muertes ya y sin saber la causa —gruñó en el consejo subsiguiente al fallecimiento de Bruguins, McKay.

—Una decisión, es cierto. Pero, ¿cuál?

—Vigilancia. Una vigilancia implacable por todos los rincones del aparato. Que no se quede nada por escudriñar y que al menor movimiento sospechoso, se haga fuego sobre ese extraño animal que

se nos ha metido dentro sin saber cómo ni cuándo.

—No comprendo cómo ese espantoso ser ha podido introducirse —murmuró Lundy—. En Marte no hay seres que absorban la sangre de tal forma. Todas son formas netamente terrestres, importadas por las sucesivas expediciones colonizadoras.

—Pero el hecho cierto es que está, y está aquí —pateó el suelo impaciente McKay—. Y hasta que no lo hayamos descubierto y eliminado no viviremos felices.

Una feroz vigilancia se estableció en la astronave. Una vigilancia salpicada con gritos, imprecaciones y juramentos, aparte de incesantes disparos que se hacían apenas los que tenían un arma veían alguna sombra sospechosa, y se lo parecían todas las que veían. La tensión de nervios llegó a su punto culminante cuando el cadáver de Hurd apareció junto a su fusil ametrallador, completamente descargado, rodeado de vainas vacías y de proyectiles aplastados que habían rebotado contra las metálicas e intraspasables paredes, cuyos rasguños se notaban en todas partes, indicadores de que el desgraciado Hurd había hecho fuego en todas direcciones.

—¡Por las barbas del Profeta! ¡Ni siquiera nuestras balas le han hecho el menor daño! —murmuró asustado McKay, ignorante de que en aquellos momentos Simga estaba extrañamente quieta, mirando a la señorita Moore, la cual se hallaba en un rincón de su cámara, mordiéndose las manos para no gritar, para no caer en un histérico ataque de nervios que le hiciera asustar a la monstruosa bestia que tenía enfrente y que la contemplaba con fiera expresión.

Así lo creía la muchacha, pero lo cierto es que la mirada de Simga era de ternura y cariño. En aquel espantoso ser de roja sangre, de otra raza había reconocido instintivamente a una compañera de sexo y su corazón anhelaba demostrarle su afecto. Por ello Simga alargó una de sus manos con la intención de acariciar aquel brillante y sedoso cabello que parecía una llama, pero su gesto fue demasiado para la pobre Dominique, que, no pudiéndolo resistir, se venció hacia adelante, perdido por completo el conocimiento.

Simga se quedó estupefacta y no se le ocurrió siquiera absorber la riqueza de oxígeno que tenía a sus pies. Estaba suficientemente llena y tenia para una larguísima temporada. Tan larga que el prisionero que tenían allá en su planeta, cuidadosamente reparada su salud, acabaría pareciéndose infinito a la mujer que tenia a sus plantas, en su aspecto físico, rebosante de salud. Y, tras murmurar unas ininteligibles

palabras, trató de salir de la habitación, solamente para enfrentarse con la muerte.

Le vino ésta por su distracción, y en forma de potentes llamas de toda una batería de sopletes manejados por media docena de hombres, revestidos de trajes aislantes. Si Simga no se hubiera distraído con la mujer, sus sentidos alertados convenientemente le hubieran avisado de la presencia de sus enemigos que, sintiéndoles flaquear las piernas, pero dominando valientemente el intenso pánico que sentían, enfocaron hacia ella los candentes chorros de sus sopletes, capaces, hasta el momento, de fundir como simple manteca, las más duras aleaciones metálicas conocidas hasta el momento.

Simga no pudo hacer nada por salvarse. Contra el asombro de los terrestres, que esperaban ver desintegrarse en una nube de carbón y ceniza aquel espantoso monstruo, Simga tardó mucho en morir, en medio de atroces sufrimientos. Estos fueron más morales que físicos, porque todos sus pensamientos iban encaminados a su amado Dungo, a quien ya no podría llevar la salvación. Y murió con su nombre en los labios, pronunciando unos sonidos que, a sus matadores, les sonaron extrañamente.

—¿Has oído, Baker?—dijo uno de ellos, después de apagar su soplete.

—Sí. En mi vida habla oído ese nombre: Dungo, ¡Qué cosa más extraña! ¿Se llamarán así estos bichos?

Ignoraban que su nombre había sido Simga y que el que había pronunciado segundos antes de morir era el de su esposo, con el que entró en comunicación telepática, diciéndole cuanto le estaba ocurriendo.

Sin embargo, a pesar de que había muerto por soportar en su cuerpo aquellas espantosísimas temperaturas, su aspecto seguía siendo el mismo, lo cual hizo que el doctor Senham se rascara la cabeza murmurando:

—¡No lo comprendo! ¡No lo comprendo! Con la décima parte de lo que ha soportado este animal, cualquiera de nosotros no sería ahora más que un montoncito de cenizas. Y en cambio… En fin, mientras que llegamos al término de nuestro viaje, procuraré examinarlo. Para empezar, lo pasaremos por la pantalla de Rayos X.

Pero el doctor se llevó la gran sorpresa de su vida, porque en cuanto los Rayos Roentgen atravesaron el inanimado cuerpo del que ellos creían se llamaba Dungo, se deshizo en unos vapores grisáceos que

fueron prontamente arrastrados por la potente corriente de aire establecida por los purificadores, dejándolo con una boca con la cual pretendía hacer la competencia a una de las toberas impulsoras.

Y ahora, llegados al término de su viaje, después de haber sufrido de nuevo el ataque de otro congénere similar, le estaban preparando una trampa con objeto de sacudírselo definitivamente de encima.

—Eso es —aprobó Lundy satisfecho—. Estos cables tienen que ir conectados con la central de fuerza eléctrica del aparato.

—¿No le parece que están demasiado lejos de la astronave? —inquirió, miedosa, Dominique, la cual no había querido separarse por nada del mundo del segundo de McKay, revoloteando constantemente a su sombra, como si así se sintiera más protegida.

—No. No le vamos a poner la trampa a cincuenta metros y todos allí aguardando. Hay que hacer bien las cosas. Que sea completamente natural.

—Pero, ¿cómo vamos a saber que esa fiera ha muerto? Las pantallas televisoras no la captan, Lundy se volvió hacia la muchacha, un tanto molesto por tanta interrupción:

—¿Olvida usted, Dommy, que hay unas cosas muy útiles que, aunque anticuadas, se usan todavía, y de las cuales, previsoramente, hemos traído unos cuantos ejemplares a bordo?

—No sé a qué se refiere usted —murmuró ella pudorosamente, infeliz ante su ignorancia.

—P-r-i-s-m-á-t-i-c-o-s deletreó él irónicamente, haciéndola enrojecer todavía más y prosiguiendo—: Estaremos en lo alto de la astronave, observando este lugar directamente. En el momento en que Dungo entre en nuestro radio de visión sabremos cuándo se encamina hacía la trampa, y media vuelta a una llave bastará para suprimirlo de la faz de este planeta.

—Me parece muy bien, pero olvida usted una cosa, señor Lundy —contestó ella, poniendo también ironía en sus palabras.

—¿Se puede saber cuál es? —dijo él, sin cesar en su ajetreo.

—Que Dungo es un ser de inteligencia excepcional. Nos burló en la astronave todo lo que quiso y, de no ser en un momento de distracción, no le hubieran cazado sus hombres.

—Yo opino que ese animal es todo lo contrario de inteligente. Si lo hubiera sido, la hubiera estrangulado a usted.

—¡Oh! —fue lo único que acertó a decir Dominique, estupefacta.

El objeto de sus pensamientos estaba muy lejos de allí, pero sus hipersensibles tentáculos le hicieron detectar la presencia de oxígeno asimilable en grandes masas. Oxígeno. Oxígeno que era la vida para él. Pero ahora tenía su organismo suficientes cantidades y no lo necesitaba tanto como la venganza por la muerte de su adorada Simga. Se había hecho el propósito de exterminar a aquellos terrestres, hasta no dejar uno solo. Cuando lo hubiera conseguido, emigraría de aquel planeta en el cual ya no había vida para él. En cuanto a su prisionero... No le importaba nada. Que muriera. A fin de cuentas, ya había cumplido su labor, alimentándolos, y en otros mundos hallaría sangre fresca y joven, que le permitiría revitalizarse.

O si no, ¿por qué no llevarse a su cautivo? Sí. Eso haría. Tenía una inteligencia formidable y el manejo de aquella máquina no le costaría mucho dejar de ser un secreto para él. Estaba ya decidido. Se lo llevaría, pero antes tendría que fortalecerlo.

Decidido pues, a acercarse al misterioso aparato en el cual habían llegado hasta allí, a través de los espacios, aquellos que ya consideraba enemigos suyos, surgió de debajo de las arenas en donde se escondiera cuando le dispararan aquellos extraños proyectiles que, si bien no le habían causado ningún daño grave, tampoco podía decir le hubieran beneficiado. De todas formas, tendría que andar con mucho cuidado. A la larga, una gran cantidad de aquellos diminutos cuerpecillos metálicos que gemían lastimeramente al atravesar el aire, podría perjudicarle gravemente y, por lo que había podido apreciar, por lo que le comunicara Simga, podían hacer un verdadero derroche aquellos feísimos bípedos de color sonrosado.

Podía haberse presentado allí en un santiamén, casi solamente con haberlo pensado, pero, ignorante de muchas de las armas y trampas que podían disponer sus enemigos, prefirió hacerlo lentamente, juzgando a cada paso los detectores que eran sus tentáculos en la cresta, haciendo girar a cada momento los saltones y verdosos globos de sus ojos, moviendo a derecha e izquierda la trompetilla corta que le servía de boca, escudriñando con infinita atención todos y cada uno de los granos de la arena que pisaba.

Los tentáculos de su cresta se erizaron súbitamente, vibrando a continuación en determinada dirección. ¡Oxígeno, oxígeno en gran

cantidad! Y, perdiendo un poco el control de sí mismo, el desgraciado Dungo se encaminó hacia su perdición.

Llegó al lugar en que se hallaba repleto de sangre un extraño recipiente. Un rápido cálculo meno tal le hizo ver que había allí la correspondiente a dos de los seres que habían matado a su esposa. Y, la larga abstinencia sufrida en épocas pasadas, cuando solamente podían aplicar sus ventosas al cuerpo de su cautivo, durante contadísimos segundos y eso con grandísimas precauciones, no dejó de hacer mella en el ánimo de Dungo que se sintió irresistible y glotonamente atraído hacia el cilíndrico recipiente, semienterrado en la arena, cubierto con una fina tapa de transparente plástico, a través del cual se veía el rojo líquido que era su vida.

No obstante, Dungo contuvo sus deseos de lanzarse inmediatamente sobre su alimento. Algo le decía que no podía ser verdad una cosa que se podía obtener tan fácilmente; que allí se ocultaba alguna trampa. Pero lo que veía no le infundió ningún temor.

Los hombres, unos puntitos negros, allá muy lejos, continuaban afanosos sus trabajos, sin suponer siquiera que él se encontraba allí. ¡Qué idiotas eran! Y ¿por qué habían instalado aquellos objetivos televisores, si sabían de sobra que su cuerpo no se reflejaba en las pantallas? ¿Para observarle?

—Fíjese cómo vacila —susurró Dominique al lado de Lundy y de McKay, armados los tres con sendos pares de prismáticos, en tanto que el tercer oficial, McAndrews, se hallaba sentado ante el tablero de mandos, oprimiendo nerviosamente la llave que daría paso a la corriente eléctrica, apenas recibiera la orden oportuna.

—Sí. Se huele que aquello no es trigo limpio. Pero si está hambriento de veras, no dejará de morder el anzuelo.

Dungo iba y venía nervioso. Sus tentáculos se movían constantemente, advirtiéndole del peligro, en tanto que la piel de su cuerpo cambiaba constantemente.

—¡Qué hallazgo! Si no fuera tan salvaje, ¡cuántos miles de dólares nos iban a pagar por él en el zoo de Nueva York! —murmuró Mc Kay, extasiándose ante la idea.

—No me lo recuerde. Cómo se conoce que usted no lo tuvo a medio metro —exclamó disgustada, estremeciéndose todavía, Dominique.

—No me explico por qué no la mató —susurró Lundy.

—Yo tampoco. Y he renunciado a ello —le replicó Dominique—. Sólo pido a Dios que no me lo haga evocar mucho en sueños. De lo contrario, estoy perdida.

Dungo captaba parte de las conversaciones. Sabía que se referían a él, pero estaban demasiado lejos para que pudiera descifrar bien su significado. Y aquel recipiente repleto hasta los bordes de glóbulos rojos, riquísimos en oxígeno, como una tentación, a pocos pasos de sus ventosas, atrayéndole como si fuera un imán.

Pero al fin, la tentación fue más fuerte que él. De nuevo lanzó centenares y aun millares de ondas eléctricas por sus tentáculos, tratando de averiguar dónde estaba el peligro, mas sin conseguirlo, y con un grito de alegría se lanzó sobre el frasco de ancha boca, posando sobre el plástico que lo cubría sus veinte ventosas, que inmediatamente empezaron a sorber, por ósmosis, los glóbulos rojos, aclarando poco a poco el líquido que, de rojo fuerte, empezó a convertirse en un rosa suave.

—¡Ahora, McAndrews! —gritó Lundy, e inmediatamente una corriente eléctrica salió disparada por los cables enterrados profundamente en la arena, igualada luego con chorros de aire producidos artificialmente, para disimular la instalación, y poniendo en funcionamiento los proyectores de Rayos Röentgen.

Dungo se estremeció al sentir su cuerpo atravesado por las mortales radiaciones. Sus gritos, sobre el silbido lúgubre del viento que se había despertado en aquel instante como si quisiera acompañarle en sus últimos momentos con su fúnebre canción, recorrieron toda la llanura, poniendo hielo en las espaldas de quienes los oyeron, y luego, poco a poco, el último superviviente de una extraña y milenaria raza, se inclinó al suelo para morir.

Sin remisión, porque automáticamente el proyector de rayos siguió enfocándole inexorablemente, destrozando el interior de su delicado organismo, del que empezó a salir una columna de humo gris, que aumentó súbitamente de tamaño, para disiparse al momento siguiente, arrastrado por un soplo de viento.

—¡Ea! ¡Ya está! —dijo McKay satisfecho —y ahora, al trabajo.

Lundy consultó su reloj, exclamando:

—Poco a poco. Según nuestro horario, seguido fielmente por el de la capital de la nación, son horas de cenar y luego dormir. Y por lo que a mi respecta en particular, voy a seguir fielmente ese programa.

Mañana —subrayó irónicamente la palabra— será otro día.

McKay hubo de tascar el freno. Su segundo tenía razón.

CAPÍTULO V

—¡Al trabajo! —gritó al día siguiente, es decir, recién se hubo pasado el período de ocho horas de descanso que en aquel planeta equivalía al reposo nocturno terrestre, el jefe de la expedición, Tracy McKay, y apenas hubo terminado el ultimo sorbo de café que cerró su desayuno «matinal».

Pero si esperaba que los hombres que se hallaban reunidos en torno a la mesa del comedor, que por la noche desaparecía para dar paso a las literas escamoteables, saltaran de alegría y le imitaran, se llevó un enorme chasco. Fue abajo, ya en tierra, cuando notó que ninguno de los que había descendido con él, a excepción de la muchacha, de Lundy y de O'Malloy, tenía la menor intención de hacer nada. Por el contrario, solamente vio rostros ceñudos y malhumorados en torno suyo. Y a medida que el ascensor iba descargando nuevos grupos de hombres, éstos se iban congregando, con muy pocas señales de amistad en la cara, en torno suyo, sin que ninguno hiciera el menor ademán de hablar.

Miró a Lundy, a la muchacha y a O'Malloy, sin encontrar en sus rostros ninguna señal que le indicara que estaban enterados de lo que ocurría. El primero, sin decir tampoco palabra, se encogió de hombros significativamente, en vista de lo cual McKay dio un paso hacia adelante, haciendo que el círculo retrocediera otro tanto, pero sin espaciar sus filas.

Recorrió con la mirada los rostros de sus hombres y no pudo ver en ellos otra cosa que una fría determinación, la seguridad de algo que ignoraba pero que, no obstante, no tardaría mucho en saber.

—¿Qué pasa? —gritó, harto ya de aquel denso silencio—. ¿Por qué no vais a trabajar? ¿Es que ignoráis lo que tenéis que hacer? Dungo está muerto ya. No hay nada que temer.

Tres o cuatro de los que estaban en primera fila se miraron unos a

otros, dándose mutuamente codazos con el fin de animarse a hablar, hasta que uno de ellos, tras carraspear un poco, se lanzó;

—Capitán, hemos decidido pedirle un aumento de nuestros emolumentos.

—¿Es que estáis descontentos con los elevados sueldos que se os han fijado? —gritó, excitándose, McKay. Luego extendió su índice hacia el que había hablado—; Hill, ¡maldita sea la hora en que se me ocurrió alistarte! Eres un magnifico trabajador, pero un peligroso agitador también. Debí estar ciego cuando firmé tu contrato. Lo mismo que con ésa de ahí —y señaló con el pulgar, despectivamente, hacia Dominique.

—Capitán —empezó a decir el interpelado—, usted es una excelente persona y no nos gustaría hacerle ningún mal, pero queremos un aumento justo de nuestros sueldos. Es lógico, porque la Compañía se va a hinchar con ese metal AntiGe, a costa de cuatro cuartos que nos pagará a nosotros.

—¡Vuestros contratos... ! —empezó a decir McKay, pero se vio interrumpido bruscamente por Hill.

—Nuestros contratos no hablan para nada de tesoros cósmicos, y ese AntiGe lo es. Es el descubrimiento más sensacional de los últimos tiempos, y las compañías constructoras de cohetes espaciales pagarán por él cuanto se les pida. La Compañía se hará de oro, y a nosotros, ¿qué? Unos pocos miles de dólares devengados en sueldos y primas, y usted lo pase bien. No, nada de eso, capitán. Ahora mismo va usted a modificar nuestros contratos ofreciéndonos quíntuple sueldo del que figura en ellos y un porcentaje global de un diez por ciento sobre el beneficio bruto de la Compañía, para todos los que estamos aquí. Cuente los muertos también. Tienen herederos, y lo que le pedimos sobrepasará la indemnización legal de sobra.

—¡Bien hablado, Hill! —salió una voz de las últimas filas, y McKay le arrojó una fulminante mirada, que encogió al revoltoso súbitamente. Guardó su imagen en la retina. Billy Thorpe. Ya le llegaría su hora.

—¿Y si me negase? —preguntó al fin.

Hill sonrió de una manera muy particular:

—¡Oh, capitán! Usted no hará nada de eso. Tiene fama de ser el patrón más considerado de cuantos gobiernan una nave sideral. ¿por qué había de defraudarnos?

—¿Sabes lo que estás haciendo, Hill?

—Sí —replicó éste, decidido—: pedir una cosa justa.

—¡No! Aulló McKay, rojo de cólera, empezando a perder los estribos —. ¡Estás capitaneando un motín! y todavía rigen ciertas leyes de la Marina para esta clase de sublevaciones. Por ejemplo, el encerrarte en una cámara ahí arriba con grillos a los pies, hasta que regresemos a la Tierra y seas juzgado por los Tribunales competentes. O colgarte de una soga, si de actitud levantisca resulta alguna muerte.

—¿Quién ha hablado da muertes? —contestó Hill con desfachatez—. ¿Le he amenazado yo, capitán? ¿Habéis oído vosotros, muchachos, que yo haya proferido alguna amenaza en la que se encierre la idea de un daño físico contra nuestro jefe? —se dirigió a los hombres que tenía a su espalda.

Un coro de negaciones le contestó, y cuando cesaron los murmullos, McKay pareció resignarse.

Pareció que meditaba, y luego dijo:

—Está bien. Pero comprenderéis que yo no puedo aprobar esos salarios y el porcentaje que me habéis pedido, sin consultar antes con la Compañía. Tendré que subir arriba a la cámara de transmisiones.

—De acuerdo, capitán —sonrió seguro de sí mismo, satisfecho de sus peticiones, que ya consideraba concedidas, Hill—; pero no se le ocurra jugamos una trastada. Aunque el tubo número cinco no está totalmente reparado, podría funcionar a media presión, lo suficiente para dejarnos plantados aquí.

—¿Crees que me marcharía? —le preguntó desdeñoso, McKay.

El otro se encogió de hombros:

—Usted es un tuno muy grande, capitán. Por eso ha llegado a ser lo que es a una edad relativamente joven. Pero, como nosotros tampoco nos chupamos el dedo, arriba hay dos hombres armados que le impedirán cualquier jugada sucia.

McKay se echó a reír estrepitosamente. Lundy, que, sin darse cuenta, había rodeado los hombros de Dominique con su brazo, lo estaba observando, se dijo que aquella actitud de su amigo y jefe no era natural. Había cedido demasiado pronto, cuando lo lógico era que hubiera soltado una retahíla de maldiciones y juramentos capaces de

agrietar otro tubo impulsor.

—Tú también eres otro pillo de marca, Hill. Anda, sube conmigo. Y, si te parece poco, también puede acompañarte otro. Por ejemplo, Billy Thorpe. Debe ser uno de tus hombres más adictos, ¿no?

Hill miró de soslayo a su capitán. También él sospechaba algo, pero, por más que trató de escudriñar el ahora inexpresivo semblante de McKay, no logró traspasar su coraza de indiferencia.

—Está bien —dijo al cabo de unos momentos de vacilación—. Vamos allá.

Embarcaron en la jaula del ascensor los dos nombrados, además del capitán y su segundo, y la chica y O'Malloy. Hill había dicho:

—O'Malloy es un tipo precioso para nosotros, y para la Compañía también. De modo que si usted intenta algo, capitán, él será el primero en marchar a hacer compañía a Dungo y sus antepasados.

Cinco minutos después, uno tras otro fueron desapareciendo por la escotilla en el interior de la nave, dirigiéndose a la sala de transmisiones, donde McKay esperaba comunicar con Lunnigan, pasando antes por el puente en donde dos de los hombres, fumando indiferentemente, miraron con ojos inexpresivos el paso de la comitiva, sin conceder ninguna importancia al hecho que ya consideraban natural.

Pero en el momento en que ya iban a entrar en la habitación inmediata, McKay se volvió inesperadamente:

—¡Eh, pareja de idiotas! ¡No tienen otro sitio mejor que ése para sentarse? ¿Es que no se dan cuenta de que están encima de las palancas de aceleración?

Los dos hombres se incorporaron instintivamente, volviéndose a mirar hacia el tablero de mandos, y aquél fue el momento elegido por McKay para entrar en acción.

Saltó hacia adelante, agarró el arma de uno de ellos y, arrancándosela de un violentísimo tirón, que casi desencajó la muñeca y que le hizo proferir un alarido de dolor, cortado instantáneamente por el brutal puñetazo que hizo que sus pies perdieran momentáneamente el contacto con el suelo, al levantarlo en el aire, derribándolo a continuación tan inerte como un leño.

Pero el otro se recuperó y movió la palanca de su rifle, introduciendo una bala en la recámara, sin lograr apretar el gatillo, porque el cañón de aquel que había pasado a las manos de McKay cayó, con demoledor impacto, sobre los dedos que sostenían el arma, los cuales quedaron machacados por el fortísimo, golpe, que hizo prorrumpir al rebelde en alaridos de dolor, olvidándose en el acto de cuanto ocurría a su alrededor, y que era que Lundy quería contribuir también a la victoria por la que estaba luchando el indomable McKay.

—¿Qué rayos... ? —empezó a decir Hill, en el momento en que había visto el puño del capitán derribar al primero de sus compinches, pero, sobrevalorando a su enemigo, menospreció al que tenía a su lado y, antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que le ocurría, se vio lanzado hacia atrás por un formidable golpe al plexo, que lo dejó sin aliento.

—¡Maldito! —gritó Billy Thorpe, echando mano a una pistola que hasta entonces había tenido oculta en el interior de su mono, pero sin lograr utilizarla, porque el pie de Sean ascendió, en relampagueante movimiento, hasta su mano, destrozándole los dedos, y haciendo volar el arma por los aires.

Sean trató de lanzarse en auxilio de su jefe, que, arrebatadas las armas a los dos rebeldes, estaba luchando a brazo partido con uno de éstos, pero en aquel momento, todas las estrellas del firmamento se le pusieron delante de sus retinas, al mismo tiempo que notaba un vivísimo dolor en la nuca.

—¡Cuidado, Sean!

El grito de Dominique había llegado ya tarde, y el impacto de Hill lo lanzó hacia adelante, haciéndole perder el equilibrio.

Cayó al suelo, amortiguando el choque con las manos, y, con un supremo esfuerzo, se volvió sobre si en el preciso instante en que el corpachón de Hill, en lanzadera, volaba, con los brazos extendidos, hacia él.

Encogió las piernas, disparándolas en el momento exacto. Los labios de su antagonista lanzaron un gemido de angustia y retrocedió, con las manos en la parte afectada, lo que aprovechó Lundy para, tomando respiro, levantarse de un salto y, aunque todavía tenía las piernas un tanto vacilantes, lanzarse sobre Hill, al que continuó machacando implacablemente, en tanto que Dominique y O'Malloy, en un lado, contemplaban la espantosa lucha, sin atreverse a intervenir en ella.

En aquel momento, el primer hombre a quien golpeara McKay recobró la noción de su existencia y, sacudiendo la cabeza, se incorporó para lanzarse a la lucha. McKay acababa de derribar hacía atrás al otro enemigo, cuando sintió que alguien, por la espalda, se le echaba encima.

Echó sus manos hacia atrás, cogiendo la nuca de su nuevo antagonista. Hizo una potente flexión y el cuerpo del hombre voló hacia adelante, estrellándose contra su propio compañero de rebeldía, a quien derribó de nuevo, en vista de lo cual Tracy McKay se lanzó en socorro de su amigo, quien estaba tratando de defenderse de la pareja que lo atacaba sin la menor compasión.

Tomó por el hombro a Thorpe y lo hizo girar violentamente, haciendo que su rostro quedara frente al suyo.

—¡Traidor! ¡Cerdo! —le escupió a la cara.

Y al mismo tiempo disparó su puño, alcanzando en un pómulo a Thorpe, cortándole la mejilla y haciéndole brotar otro nuevo río de sangre, que aumentó así la que aún le salía de las narices.

Algo restalló en la estancia fragorosamente. Uno de los dos vigilantes, uno de los que dejara el cabecilla del motín de guardia en el puente, había cogido una de las armas y oprimido el gatillo contra McKay, en el mismo instante en que éste, inconscientemente de que con esta acción salvaba su propia vida, se echaba a un lado, para asestar el golpe final contra Thorpe.

Fue éste quien recibió el balazo en pleno pecho.

Giraron horrorosamente sus ojos dentro de las órbitas, aulló horrorizado, más que por el mismo dolor que le causó la bala, que le abrió ancho boquete en el pecho, del que salió un ancho torrente de sangre, por la seguridad de saberse muerto, y, engarfiando las manos, con dedos crispados por la agonía que ya se apoderaba de su cuerpo, gritando de un modo espantoso, se vino hacia el suelo, en donde se agitó espasmódicamente unos momentos antes de entrar en la definitiva inmovilidad del eterno sueño.

El rebelde que había disparado se quedó un instante estupefacto. No comprendía el para él incomprensible hecho de que su bala no hubiera alcanzado el blanco deseado, pero aquel momento de vacilación le fue fatal. Por segunda vez el arma le voló de las manos, y fue solamente para caerte en la cabeza su cañón, crujiéndole los huesos del cráneo de una manera espantosa. McKay dio el golpe a conciencia y el

hombre se desplomó fulminado, muerto instantáneamente.

El otro no aguardó a más. Chillando como un condenado, salió corriendo del puente, perdida ya la moral, y, embarcándose en la jaula del ascensor, salió hacia abajo, dando al aparato la marcha máxima.

Viendo que ya solamente quedaba Hill luchando todavía, sin dar muestras de rendirse, McKay fue hacia él, separándolo de Lundy, que ya empezaba a flaquear ante la fortaleza de su antagonista, más fuerte de lo que él mismo había quizá esperado, y lo separó de su amigo, disponiéndose él mismo a liquidar el problema.

Luchando, golpeándose con saña, aporreándose sin compasión, McKay e Hill, dando salida ambos al odio mutuo que mucho antes de aquella expedición habían acumulado el uno contra el otro, salieron del puente, pasando a la cámara de presión, ahora abierta de par en par ante la respirabilidad de la atmósfera de aquel planeta.

A menos de dos metros de ambos combatientes se abría el portalón de la astronave. Lucharon sin darse cuenta de que la muerte esperaba a ciento cincuenta metros más abajo, y, a pesar de que McKay había sido quien llevara la iniciativa, fue empujado inexorablemente hacia atrás por los demoledores puños de Hill, cuya fortaleza física no parecía tener fin.

Por último, éste creyó llegado el momento de acabar con McKay y, reuniendo todas sus fuerzas, se lanzó hacia adelante, con los noventa kilos de su peso detrás de su puño, pero sólo encontró el vacío. El capitán se había echado a un lado, esquivando la feroz acometida de su antagonista, y, al mismo tiempo que hacía esto, alargó el pie.

Impulsado por su propia masa, Hill saltó hacia adelante, completado además su irresistible movimiento por el tremendo empujón que le propinó, como complemento, McKay y que concluyó de arrojarle en el vacío, en el que se precipitó, sin poder contener la fatídica caída, moviendo brazos y piernas en grotesco aleteo.

Agarrándose a un asidero, McKay se inclinó hacia fuera, viendo algo espantoso que le erizó los cabellos.

Hill cayó, gritando aterrado ante la horrorosa suerte que le esperaba más abajo, pero en su trágico camino se encontró con el ascensor que subía repleto de rebeldes, tropezando con uno de los bordes de éste y arrastrando consigo, en su caída, un par de hombres más, los cuales le acompañaron, estrellándose contra el suelo a cien metros de distancia del lugar en que se encontraba la jaula en el momento del choque.

Pero, no obstante, ésta continuó su movimiento ascendente, y McKay se dio cuenta de que sus minutos estaban contados si los amotinados lograban poner pie en la astronave. Voló como un meteoro hacia la central de energía eléctrica, pasando por el puente, sin reparar en que Dominique, arrodillada, tenía en su regazo la cabeza de Sean, al que trataba de restañar la sangre que le corría por el maltratado rostro.

Como un energúmeno, en veloces y bien sincronizados movimientos desconectó todas las llaves de paso de la corriente eléctrica y entonces ocurrió lo que tenía fatalmente que ocurrir: el ascensor, sin fuerza que lo moviera, comenzó su velocísima caída hacia abajo, en medio de los gritos de espanto de todos los que se hallaban en su plataforma, que en vano, quemándose las manos hasta los huesos, intentaron asirse a los cables elevadores en un fútil intento de detener la horrorosa caída.

De haber sido una avería mecánica, las mordazas de los frenos automáticos hubieran detenido el montacargas; pero como también funcionaban con electricidad, al fallar ésta, no sirvieron para otra cosa que para aumentar el peso muerto y, al fin, con un espantoso estrépito, la plataforma, con una docena de hombres a bordo, se estrelló contra el suelo.

—Bien —murmuró McKay—. La rebelión está sofocada y aplastada. Y ahora seré yo quien imponga mis condiciones.

Marchó hacia el micrófono que había en la sala de transmisiones, pero antes de que hablara se le acercó Lundy, repuesto en parte, acompañado de la muchacha y de O'Malloy, que hasta entonces había sido un mero espectador de los sucesos que habían ensangrentado la superficie de aquel planeta,

—¿Qué piensas hacer, Tracy? —le preguntó su amigo.

—Ahora lo verás —contestó McKay con un gesto de decisión en el rostro. Tomó el micrófono y llamó—: ¡Atención todos! Ya habéis visto lo que ha ocurrido a quienes han intentado sublevarse. Debéis considerar que mi autoridad es única e inapelable y que no toleraré motines como el que acabo de sofocar.

Alguien le contestó, por el mismo medio, desde abajo: el tercer oficial, McAndrews:

—¿Qué es lo que debemos hacer, señor?

—Ese tratamiento de señor está muy bien dado, McAndrews, pero no le eximirá del castigo correspondiente por haberse unido a los

amotinados, en lugar de colocarse al lado de su jefe. Arrojen todos las armas, todas las armas, ¿me entienden? Y mientras un equipo se encarga de enterrar los cadáveres, el médico que cure a los heridos, si los hay. Usted, McAndrews, ocúpese de reparar el ascensor lo antes posible. Hemos perdido ya mucho tiempo.

A través de las ondas hertzianas les llegó un contuso rumor, Parecía como si se resistiesen, cosa que confirmaron las palabras del tercer oficial:

—¿Y si nos negáramos al desarme?

—Peor para ustedes —replicó fríamente McKay—. El tubo agrietado está lo suficientemente reparado para permitirnos alejarnos unos cuantos centenares de kilómetros de este lugar y terminar tranquilamente de arreglarlo. Luego, con nosotros esperando en el espacio a que acaben de matarse unos a otros para comerse, cuando se les acaben las provisiones, su vida no tendrá nada de agradable. Y no olviden que los propulsores individuales están todos aquí.

Habían perdido la partida y lo supieron reconocer. Arrojaron las armas sin rechistar. Y McKay rio largamente.

CAPÍTULO VI

Sola, muy sola, Weema se sentía morir en su cálido encierro. Estaba harta de recorrer los innumerables pasillos de su dorada cárcel, contemplando una vez más, con infinito gesto de hastío, todas las riquezas que le rodeaban y que no le servían para nada, absolutamente para nada, porque lo que ella necesitaba eran alimentos con urgencia.

Su cuerpo dominaba en aquellos momentos a su espíritu y, aún a riesgo de tener que enfrentarse una vez más con aquellos espantosos Dungos, ansió que volvieran para traerle más frutas de aquellas que le servían de precario, aunque suficiente alimento. Ansió que regresaran aquellos monstruos que la retenían prisionera y a los cuales, a su vez, servía de alimento, para prorrogar la existencia que arrastraban miserablemente, aún a riesgo de sentir una vez más aquel repugnante contacto de sus veinte ventosas, con las cuales le extraían sus glóbulos

rojos y que servían para alargar la vida de Dungo y de Simga, quienes, de vez en cuando, desaparecían, dejándola a ella encerrada, lanzándose a los espacios en busca de algún planeta en el que hallaban plantas alimenticias con las que prolongar la para ellos preciosa vida de Weema.

Pero ahora llevaban ya muchos días sin aparecer y las provisiones de frutas y verduras de Weema se agotaban, a pesar de que ésta las había ido alargando todo lo posible cuando, contando con el tiempo habitual que normalmente tardaban en regresar, se dio cuenta de que en aquella ocasión se retrasaban más de lo ordinario.

No obstante Weema era inteligente y se dio cuenta de que, si algo irreparable les había ocurrido a los Dungos, ella estaba condenada a una muerte próxima, una de las más espantosas: el hambre. Y allí, en aquel enorme e inacabable encierro, en donde se guardaban, como en silencioso museo, todas las muestras de una muerta civilización del Planeta Gris, ella pronto no sería más que una pieza que pasaría, de una forma bien original por cierto, a engrosar aquella colección que nadie, nadie jamás lograría descubrir.

Moriría y caería en cualquier rincón, entre dos máquinas de aquellas que solamente aguardaban una mano inteligente para hacerlas funcionar, y su cuerpo, en aquel ambiente absolutamente aséptico, se conservaría eternamente. Su rictus de agonía duraría una eternidad hasta que, perdiendo los astros el equilibrio en que se mantenían, se precipitaran los unos contra los otros, llegando de esta forma el fin del Universo.

Aquellos que construyeron el refugio y que encerraron en él todos los tesoros de su civilización se habían olvidado de una cosa muy importante. Había una muestra de cada uno de los objetos que utilizaban a diario, pero se les había olvidado dejar una de su forma de alimentarse. Y esto era lo que deploraba Weema. De esta forma hubiera podido subsistir por tiempo indefinido en aquel lugar, cálido, abrigado, de una temperatura agradable, siempre uniforme, funcionando constante y automáticamente la máquina que, al mismo tiempo que hacía que el aire tuviera siempre la misma cantidad de calor, lo esterilizaba a su paso, siempre renovado por sus cámaras de filtración, con objeto de que quienes algún día descubrieran, en el curso de una exploración sideral, aquel tesoro, no pudiesen abrigar ningún temor de morir envenenados por la corrupción de la atmósfera encerrada durante largos siglos.

Weema ya había perdido la cuenta del tiempo que no había visto la

superficie. Únicamente recordaba, con unos recuerdos que cada vez eran más y más confusos, a medida que el tiempo iba transcurriendo inexorablemente en aquel sepulcro, que antaño viviera en un planeta verde, eternamente verde, lleno de hermosas plantas, de bellísimas aves, con murmurantes arroyos, con un sol que alumbraba y daba vida a todo ser, animal o vegetal, que existía en la superficie de aquel planeta.

Ella era muy pequeña, y por eso no recordaba apenas otra cosa que la llegada de los feroces Dungos, entonces mucho más numerosos que los dos que únicamente quedaban ahora y que, como una bandada de aves de rapiña, se abatieron sobre su pueblo, diezmándolo, así como a sus animales domésticos, en muy poco tiempo.

Pero los hombres de su pueblo aprendieren también el modo de combatir a los Dungos y, aún a costa de numerosísimas bajas, en atroces combates en los cuales fueron muriendo muchísimos individuos de una parte y de otra, consiguieron eliminarlos.

Sin embargo, en el último y definitivo combate, solamente quedaron vivos tres: Dungo, Simga y ella, todavía sin apenas uso de razón. Vio morir a sus padres, Wammo y Henda, a pocos pasos de ella convertidos en blanquísimas estatuas en pocos momentos, sin que comprendiera nada de lo que les ocurría, llamándolos desesperadamente, creyendo que estaban dormidos, pero no le contestaron y entonces se había echado a llorar.

Tuvo que contener su llanto, mordiéndose los infantiles puñitos, procurando soportar su miedo —los miembros de la tribu de los Woomos, a la cual pertenecía ella, se habían distinguido siempre por su valor— cuando vio dos de aquellos horribles seres abalanzarse sobre ella. Pero cuando ya se daba por muerta, y lo deseó ardientemente al comprobar que sus amados padres lo estaban, aquellos dos seres, cuyos nombres supo más tarde, se detuvieron, moviendo excitadamente los tentáculos de su cresta y mirándole con aquellos horribles ojos. Y entonces, antes de que pudiera darse cuenta de lo que le iba a ocurrir, se vio envuelta en una especie de cárcel transparente, la cual golpeó en vano con sus manecitas tratando da salir, pero casi inmediatamente perdió su mundo de vista, hallándose en una negra oscuridad que la hizo llorar de miedo, olvidándose de su valentía, pero no duró mucho aquel viaje a través de los espacios.

Otro mundo se apareció muy pronto a su vista. Un mundo horrible, árido, gris, sin vida, aunque no tuvo grandes ocasiones de verlo. Antes de que pudiera contemplarlo a su sabor se vio encerrada en aquella

cámara brillante, cálida, iluminada con una luz viva y que, sin embargo, no hería en lo más mínimo a la vista, y desde entonces no había salido de allí.

En algunas ocasiones venían los Dungos. Traían al principio algunos animales de su mundo, encerrados en aquella bolsa transparente en la que había viajado ella, pero venían exangües, blancos y, a pesar de su repugnancia, hubo de comerlos para no morir. Pero no duraron mucho. Los Dungos debieron devorarlos todos, se dijo ella, y entonces los víveres fueron a base de frutas y plantas alimenticias de las que había en su planeta y que resultaban tan altamente nutritivas como la carne de las aves y gracias a las cuales sobrevivía, ya que sus carceleros iban con mucha frecuencia. Les interesaba mantenerla viva.

De vez en cuando, ya había perdido el miedo y se había resignado a tal operación, se acercaban los dos a ella y le plantaban en un brazo o una pierna sus ventosas, las cuales mantenían en aquella posición durante unos brevísimos momentos. Esto ocurría indefectiblemente al día siguiente de haberle traído un cargamento de frutas frescas y durante una semana se sentía muy floja, laxa, hasta que lentamente iba recuperando fuerzas.

Ya se había acostumbrado a aquella operación y con el tiempo llegó a darse cuenta de que era la fuente de alimento de los Dungos. Creció, se desarrolló a pesar de todo y su cuerpo adquirió exquisitas formas, puesto que sus guardianes no abusaban mucho de ella. A veces se pasaban períodos enteros de lo que en su mundo llamaban un año sin verla siquiera, dejando en la cámara que había elegido como dormitorio los cargamentos de frutas frescas. Otras veces, en cambio, menudeaban sus visitas y Weema se resignaba a lo inevitable. Educada de aquella forma, creía que el único objetivo de su vida era prorrogar la de Dungo y su esposa.

Pero llegó el momento en que éstos faltaron, Por la experiencia adquirida desde su niñez, supo que era extraño que no se hubieran dejado ver y traerle su carga de alimentos. Poco a poco fue devorándolos y llegó el día en que pensó que ya no tendría más que para un par de comidas.

Sin embargo, los largos años de encierro no habían sido del todo inútiles para ella. En aquel subterráneo estaban encerrados todos los tesoros de la ciencia de un mundo supercivilizado y ya muerto. Creció y el aburrimiento primero, la curiosidad después y el afán de saber por último la hicieron adquirir formidables conocimientos, entre los cuales, desgraciadamente, no figuró el que la hiciera deshacerse de los

Dungos, porque, a fuerza de verlos, aparte de estar sugestionada por su superioridad, no lo creyó posible y así llegó a la edad que tenía, poseyendo una cantidad inimaginablemente humana de ciencia.

Sin embargo, a Weema le faltaba la experiencia. Salvo el momento en que presenciara las espantosas batallas entre su pueblo y los monstruos, su ingenio no había sido aguzado por la necesidad como hasta entonces, Y tenía necesidad de vivir. De modo que, por primera vez en su existencia, Weema echó mano de sus conocimientos.

Ignoraba que muy lejos de allí unos hombres venidos de un planeta muy similar al suyo estaban planeando el medio de llegar hasta allí, claro es que sin saber en dónde se encontraba ella, ni mucho menos suponer su existencia. Estaban ciegos, obsesos por aquel misterioso metal contra el que la fuerza de la gravedad no ejercía ningún efecto y solamente pensaban en el modo de hallar su yacimiento.

—¡Bonita situación! —gruñía Tracy McKay en aquellos momentos—. Salimos cincuenta de la Tierra y ya solamente quedamos veintiocho. Siete muertos por los monstruos, tres arriba en la astronave y doce al estrellarse el montacargas. No pudo salvarse ni uno solo. Si fuera supersticioso, diría que este aparato y esta expedición están bajo el influjo de algún maleficio.

—Recuerda aquellos navíos de hace cinco siglos que se lanzaban a la busca de un tesoro perdido en algún islote extraviado en el Océano y en los cuales ocurrían motines y muertes sangrientas cada dos por tres —le dijo maliciosamente Sean.

McKay le contestó con un bufido:

—¡Vamos! No podemos perder tiempo. ¡McAndrews! —llamó.

—¡A la orden, señor! —el aspecto de éste era cabizbajo y obediente.

—Usted se quedará aquí con diez hombres, terminando de reparar el tubo y la maquinaria del ascensor. Estará en comunicación continua con nosotros, para lo cual habrá un hombre fijo de guardia ante el receptor. Espero que lo ocurrido les haya servido de escarmiento. Por eso les dejo armas y propulsores individuales por si los necesitaran o por sí nosotros les llamáramos. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó el otro mansamente.

—Está bien. ¡En marcha!

Rugieron apagadamente los tubos de escape de los propulsores individuales, acoplados a la espalda de cada individuo, cuando cada uno de éstos, oprimiendo la llave de paso, dejó salir chorros de verdosos gases que los elevaron rápidamente del suelo.

McKay, Lundy y Dominique iban en cabeza, algo separados del grueso de la fuerza, con la que iba el propio O'Malloy, que, desde que habían ocurrido los sangrientos incidentes, se había vuelto más taciturno que de costumbre y apenas había hablado media docena de palabras en el espacio de tiempo que siguió al renacer de la paz.

Los restantes expedicionarios, por parejas, llevaban recipientes cargados de armas, víveres y utensilios que les podrían hacer falta en caso de hallar los yacimientos de Anti—Ge. Escarmentados por lo ocurrido, no se les había pasado por la imaginación volverse a levantar contra su capitán. Conocían muy bien lo que había pasado a otras tripulaciones sublevadas y que, una vez que fueron capturadas por las fuerzas del Orden Sideral, fueron colgando a sus individuos de uno en uno, en sendas horcas que, pese a su anacronismo, imponían un temor muy saludable en aquellos que por un momento se habían dejado arrastrar por una ciega ambición.

—¿No temes que los que se quedan te hagan una trastada? —le preguntó en voz muy baja Lundy a McKay, acercándose a él, mediante un sencillo movimiento de las aletas metálicas que a manera de timones de dirección y profundidad se habían acoplado en los tobillos, moviendo los cuales marchaban en el rumbo deseado.

Las arruguitas de los ojos de McKay se acentuaron al sonreír éste:

—¿Me supones tan tonto, Sean? Antes de partir me traje esto. Es suficiente para que la astronave sea tan inútil como un leño podrido.

«Esto» era un tubito de un centímetro de diámetro por diez de longitud, roscado en sus extremidades.

—Ahora la conexión del paso de gas inflamador está cortada. Lo único que conseguirían es gastar en vano combustible catalizador, hasta que se dieran cuenta de que es imposible reparar la avería y esta aleación no se fabrica así como así —sonrió McKay astutamente.

Lundy soltó una carcajada y Dominique, extrañada, maniobro para acercarse a ellos.

—¿Qué ocurre, Sean?

—Nada de particular, querida. El jefe, que me ha contado un chiste. No te lo puedo repetir, ¿comprendes?

Ella le soltó un bufido, separándose toda ofendida, y Sean movió los tobillos armados de los timones para acercarse a la muchacha, tratando de desairarla, en tanto que McKay, volviendo la cabeza, hacía gestos a O'Malloy para que se acercara.

Este acudió inmediatamente.

—¿Vamos bien por aquí?

—Sí, señor McKay.

Continuaron volando a buena velocidad. Pasaron por encima de las colinas donde murieran las ultimas víctimas de Dungo, y en la que continuaba todavía el autotractor que nadie se había ocupado de devolver al campamento base. A cincuenta metros de distancia del suelo, que pasaba rápidamente bajo ellos, prosiguieron su marcha sobre aquella continua ondulación que no parecía tener fin, hasta que horas después, cuando ya desesperaban de encontrar algo más que arena gris, una raya más oscura apareció en el horizonte.

O'Malloy tendió su índice excitadamente. Le temblaba su mandíbula y McKay se dio cuenta de que ahora sí que marchaban en la dirección correcta.

—¡Allí! ¡Allí es! ¡Oh, lo reconozco! ¡No hay duda alguna!

Instintivamente, sin poderse contener, McKay abrió la llave de paso del gas, con lo que duplicó al instante su marcha. El aire comenzó a silbarle en los oídos y todos los demás le imitaron.

La raya oscura y fina se convirtió en algo mucho más ancho y del mismo color que todo cuanto la rodeaba. Cuando estuvieron cerca de ella advirtieron de qué se trataba.

Era una colosal hendidura. Una grieta, producida sin duda por alguna espantosa convulsión geológica, en los albores de la formación de aquel mundo gris y perdido en el Universo, millones de años más atrás.

Mediría unos veinte kilómetros de anchura por diez o doce de profundidad, perdiéndose de vista en ambos sentidos. Era una inmensa boca desdentada abierta en fenomenal y ciclópea carcajada sin fin.

Pero no había medio de descender. Sus paredes estaban cortadas a pico, casi espejos, y verdaderamente resultaba de vértigo asomarse al borde.

—¿Era por aquí? —inquirió McKay frenando su marcha.

—Sí. Ahora lo recuerdo bien —murmuró, extrañamente tranquilo, O'Malloy—. Pasé tantas calamidades hasta que pude regresar, que mi memoria flaquea en ocasiones. Pero estoy seguro de que el yacimiento se hallaba en el fondo de este cañón.

—Abajo, pues —decidió inmediatamente Tracy. El descenso se hizo con fulmínea rapidez, describiendo círculos que evitaron que los expedicionarios se desplomaran al fondo, pero cuando todavía les faltaban tres o cuatro mil metros para alcanzar éste, un grito de O'Malloy les sobresaltó a todos.

—¡Miren! ¡Allí está!

Lo que vieron les dejó estupefactos.

El fondo del pavoroso cañón, gris como toda la superficie del planeta, era por contraste con el desierto de allá arriba casi liso, como si en tiempos hubiera servido de paso a alguna inconmensurable corriente de agua. Y, por contraste con el resto de aquellos terrenos, se hallaba casi desprovisto de arena.

Pero no fue esto lo que asombro a los dieciocho buscadores de AntiGe. No fue la diferencia del suelo de abajo con el de arriba, sino las extrañas cúpulas, alrededor de las cuales se había arremolinado de una forma rara e inexplicable la poca arena que allí había, semienterrándolas, mas sin lograr apagar del todo aquel extraño brillo, tan parecido a la muestra de metal que enseñara O'Malloy.

Sin embargo, todavía no se hallaban a quinientos metros de aquella media docena de cúpulas esféricas cuando McKay, prevenido en todos sus actos, dio media vuelta a la llave del Geiger, que casi inmediatamente chasqueó, para callar durante un buen rato.

—Radiactividad, pero muy poca —murmuró para su coleto.

Cinco minutos después, desceñidos los propulsores, todos se hallaban al pie de una de aquellas cúpulas, de cuarenta metros de diámetro al menos y que estaban enterradas casi hasta la mitad.

—¡Oh! ¡Por fin! —susurro, cayendo en éxtasis, O'Malloy, haciendo

sonreír a McKay, que aguardó a que el otro se recuperara de la impresión. Y cuando esto ocurrió le preguntó:

—¿Es aquí?

—Sí. Aquí —le replicó O'Malloy, con los ojos todavía cerrados, gozando del momento.

—Bien. —McKay le dejó a un lado, sin preocuparse más de él—. ¡Muchachos! ¡A trabajar! Ya hemos dado con nuestra fortuna. Comprendo que en parte teníais razón al pedir mayores sueldos, y a fe de Tracy McKay que, si la cosa sale bien, olvidaré todo lo que ha ocurrido y presionaré al señor Lunnigan para que os conceda vuestras justes pretensiones. A ver ese radar portátil.

Todos se mostraron sorprendidos.

Un «¡hurra!» simultáneo salió de todas las gargantas al escuchar las palabras del capitán, levantando el peso que oprimía los pechos de los ex sublevados. Uno de ellos se acercó con el aparato pedido, comenzando a instalarlo. McKay continuó dando órdenes:

—¡Shelley!

—Diga, señor —se acercó el aludido.

—Las excavadoras individuales. Quiero que en cinco minutos esa bola se encuentre totalmente al descubierto.

—De acuerdo, capitán.

McKay, en tanto nubes de arena volaban arrojadas por las excavadoras, limpiando las pulidas superficies metálicas, se arrodilló junto al radarista, comprobando sus observaciones.

—¡Espectroscopio! —pidió lacónicamente dos minutos después, y alguien corrió con el instrumento.

En tanto continuaban las observaciones y los trabajos, todo el mundo se absorbió en su labor, incluso Dominique, que comprobó si el sistema de comunicaciones funcionaba perfectamente, pero en aquel momento unos gritos se oyeron entre los que limpiaban la arena.

—¡Allí! ¡Allí! —gritaron, soltando las máquinas y echando a correr hacia las armas.

McKay miró en la dirección señalada y los cabellos se le erizaron.

¡UNA NUBE DE ARENA PULVERIZADA SALÍA DE LA ÚLTIMA CÚPULA DE LA FILA!

CAPÍTULO VII

Si los expedicionarios que habían llegado al Planeta Gris procedentes de la Tierra se hubieran podido suponer que estaban siendo observados desde otro mundo, con aparatos enteramente desconocidos para ellos y que franqueaban con gran facilidad le enorme distancia de casi setenta millones de kilómetros que separaba a ambos cuerpos celestes, se hubieran llenado de estupefacción,

Pero mas estupefactos, más asombrados se hubieran quedado aún si hubieran podido escuchar las conversaciones cruzadas entre aquellos que los observaban y que se referían a ellos.

Era lo que en la Tierra se hubiera llamado un observatorio astronómico, pero completamente diferente de éste en cuanto a la forma exterior, que no tenía la de media naranja clásica ya en aquella clase de construcciones. Por el contrario, era completamente cilíndrico y, desde la mitad de su altura, cifrada totalmente en unos quinientos metros, absolutamente transparente. Su base era de un diámetro de trescientos y el edificio dominaba totalmente la ciudad, que se encontraba a sus pies rodeándolo, pero al mismo tiempo que servía de lugar para observar con toda comodidad los mundos vecinos, también servía de alojamiento para el ser que gobernaba aquella esfera flotante en el espacio.

En cuanto a los instrumentos que se encontraban en el observatorio propiamente dicho, eran de una forma asimismo desconocida en la Tierra y que en modo alguno sugerían la idea de un telescopio, lo mismo reflector que refractor, salvo en que algunos de ellos eran cilíndricos. Pero el más importante de ellos, el que constituía la base de aquella estación, adoptaba la forma de una esfera de gigantesco tamaño, de unos cien metros de diámetro, ocupando casi ella sola la enorme habitación del final del cilíndrico edificio, esfera en la que a intervalos se veían chisporrotear numerosas lucecitas con todos los cambiantes del arco iris.

Tres hombres se veían al pie, sentados ante una mesa enorme,

ligeramente inclinada, a cuyo final se veía un círculo de vidrio deslustrado, plano, de seis u ocho metros de ancho, casi vertical. De la mesa, larga, inacabable, con numerosas sillas ante sus tableros parciales, partían numerosos cables que eran las conexiones que la enlazaban con la esfera, quieta, inmóvil, amenazadora en su gigantesco tamaño, pareciendo en cualquier momento que iba a ponerse en movimiento y aplastar cuanto tocara al rodar.

De improviso, un hombre, caminando con paso largo y elástico, no exento de cierto nerviosismo, seguido por cuatro más a respetuosa distancia, penetró en la habitación y se dirigió directamente hacia la mesa, de la que se levantaron los tres hombres que estaban allí haciendo sus observaciones, inclinándose profunda y respetuosamente.

El hombre aquel, ante el que todo el mundo callaba si no era preguntado, alto, de facciones talladas en diamantina roca, de ojos casi blancos a fuer de grises, que parecían dos gotas de hielo, vestía un traje consistente en una camisa amplia de manga corta, de cierto tejido brillante, cambiante según el ángulo de incidencia de la luz, y que parecía despedir dorados rayos de sol. Se cubría la cabeza con un casco del mismo material, pero más grueso, sencillo, sin ningún adorno, excepto unas orejeras que semejaban auriculares. Completaban su atavío unos ajustados pantalones que, concluyendo en el tobillo, empalmaban con una especie de sandalias de flexible material, que parecían una segunda piel.

Cuadrándose en jarras delante de los tres astrónomos, preguntó, con una nota en su voz en la que vibraba la impaciencia mal reprimida:

—¿Qué noticias hay del Planeta Gris, Kandroh?

El hombre que estaba en medio del grupo volvió a inclinarse, murmurando:

—Poderoso Hijo de las Estrellas, el Planeta Gris está libre para que puedan ser realidad los deseos que durante tanto tiempo hemos abrigado.

—¿Hemos? —repitió sarcástico el otro—. Kandroh, me parece que te extralimitas en tus apreciaciones. Esos deseos los he abrigado yo, no vosotros, estúpidos.

—Si, mi señor —contestó el otro con mansedumbre, haciendo una nueva reverencia—. Esos deseos son solamente tuyos, ¡oh terrible Hhör!

—Está bien —dijo éste—. Vayamos al grano. ¿Cuales son las grandes noticias que tienes que darme y para las cuales me has molestado, llamándome?

—Poderoso Hhör, Hijo de las Estrellas, el Planeta Gris, mejor dicho, el tesoro del Planeta Gris es tuyo. Los dos Dungos que lo custodiaban, ¡loado sea el Máximo Espíritu!, han sido muertos al fin. Ya tus guerreros podrán viajar tranquilamente hasta ese deshabitado planeta y traerse aquí todos los tesoros que encierran los subterráneos que dejaran sus habitantes repletos de instrumentos al presentir el fin de su mundo.

—Esa noticia de que los feroces Dungos han sido muertos es muy interesante —murmuró Hhör como para sí, acariciándose pensativo la barbilla, diciendo al cabo de un minuto—: ¿Qué clase de armas tan poderosas han empleado para matar a unos seres que parecían inmortales?

Kandroh dudó un momento y dijo:

—Lo ignoramos, Hhör. Primero emplearon unas que despedían unos proyectiles pequeños, cilíndricos, puntiagudos y que producían gran cantidad de ruido.

—¡Ah, ya! Probablemente armas de expansión gaseosa súbita, producida por una repentina inflamación de la substancia contenida en las cápsulas de sus depósitos, ¿no es eso?

—Tu clarividencia es infinita, mi señor —contestó servilmente Kandroh. A cada respuesta hacía una inclinación—. Pero esas armas les sirvieron de muy poco, hasta que se dieron cuenta de que tenían otra mucho más poderosa, con la cual convirtieron en humo a los Dungos.

—¿En humo? —repitió Hhör, incrédulo—. ¡No puede ser!

—Aún a riesgo de provocar tu justa cólera, permitirás al más indigno de tus sabios contradecirte, omnipotente Hhör. ¿Quieres que te muestre, de una forma gráfica, cómo lo consiguieron?

Pero la proyección de la película tomada por telescopovisión a través del espacio no aclaró nada a Hhör, que continuó meditabundo, fruncido el ceño, hasta que al fin se le aclaró el semblante.

—¡Ya está! Enviaré una espacionave repleta de mis mejores guerreros. Usarán lanzadoras de proyectiles congelantes. Así sabremos quiénes

son esos seres, de dónde vienen y para qué desean esos tesoros.

—Una idea muy acertada —corroboró Kandroh.

—No lo sabes bien —rio con hilaridad Hhör, que a continuación y sin volverse llamó—: ¡Teal!

—¡Señor!

Se acercó el requerido. Vestía de igual forma que quien les mandaba y trataba como si fueran chiquillos, pero con algo más de sencillez, llevando una tira negra en la cintura, de la que al lado izquierdo pendía una especie de pistola, de gran tamaño y forma peculiar, y en el otro un por completo anacrónico puñal, bárbaramente ornado de piedras preciosas.

—Dispón lo preciso para salir hacia el Planeta Gris, con sesenta hombres equipados con armamento hibérnico. Necesito capturar esos hombres y además traer todo lo que allí se encuentra y que durante largos tiempos hemos ambicionado, aunque en vano. Al fin, ¡loado sea el Máximo Espíritu!, nuestros sueños están a punto de convertirse en realidad.

—Pero, mi señor… Esos hombres poseen armas maravillosas capaces de convertirnos en humo, como hicieron con los Dungos —protestó el requerido—, ¿No podrías hacer que lleváramos proyectiles desintegrantes?

—Sí. Si nos interesara hacerlos desaparecer, desde luego. Pero como lo que quiero es traerlos aquí, no me sirven para el caso. ¡Ni tú tampoco! —murmuró de una manera siniestra, mirando fijamente al hombre, que retrocedió un paso instintivamente, aterrorizado de puro miedo al darse cuenta de que había incurrido en la cólera de su señor.

—¡Elkass! —llamó éste, Y otro de los hombres dio un paso al frente.

—Tú me mandas, Hhör —dijo con sencillez.

—Teal tiene miedo. Duda de mí. Castígale.

—Si, mi señor.

Elkass sacó la pistola de su funda y sin más hizo un disparo. La sonrisa que había aparecido en la boca de Teal quedó congelada instantáneamente, sonrisa que le había provocado el hecho de que aquel estado de hibernación no era más que una cosa transitoria, y

que en cualquier momento, pasada la cólera de Hhör, volvería a la vida sin sufrir ningún daño en absoluto.

Pero si se hubiera supuesto lo que pasaba en la mente de Hhör, no se hubiera sonreído. Antes bien, hubiera procurado defenderse a vida o muerte, antes de quedar convertido en una cristalina estatua de hielo, rígida, en la misma postura que le había sorprendido el proyectil congelante que impactó contra su cuerpo, desarrollando una bajísima temperatura, sin hacer el menor ruido ni despedir ningún humo.

—¡Arrojadlo afuera! —ordenó Hhör, fríamente, simulando no advertir el escalofrío de espanto que recorrió las espinas dorsales de todos cuantos escucharon la implacable orden y que, no obstante, no se atrevieron a protestar en lo más mínimo.

Ayudado por los otros dos, Elkass cogió la estatua, que era el cuerpo de su compañero Teal, y lo llevaron hasta el borde de una amplia ventana que, obsequiosamente, había abierto Kandroh, lanzándolo inmediatamente al espacio, que se abría sin ningún obstáculo durante quinientos metros.

Hhör se había colocado en pie, al lado de la mesa, y conectado la televisión. En la redonda pantalla pudo verse el cuerpo helado del desobediente descendiendo a increíble velocidad por el vacío girando sobre sí mismo, pero para que los demás contemplaran con claridad lo que le ocurría a su compañero, Hhör tuvo el sadismo de seguir con la cámara aquella caída, que produjo vértigos en algunos de ellos. El descenso cesó cuando el cuerpo del infortunado Teal se estrelló contra el suelo, rompiéndose en millares de fragmentos como si hubiera sido un vulgar trozo de vidrio.

—Espero que esto os servirá de escarmiento —dijo, satisfecho, sonriente, Hhör, volviéndose hacia los que, aterrorizados, habían presenciado la espantosa muerte de Teal.

No dijeron nada. Únicamente Elkass murmuró, inclinándose:

—¿Cuándo partimos, mi señor?

* * *

Alarmado por los gritos que proferían sus hombres, McKay dejó a un

lado los instrumentos y se precipitó sobre su pistola ametralladora, tirando hada atrás del cerrojo e introduciendo una bala en la recámara.

Todo esto lo hacía en tanto que corría hacia el lugar en que se levantaba la nube de arena, separado unos trescientos metros del lugar en que se encontraba, deteniéndose a una distancia prudencial y dándose cuenta de que tres o cuatro de sus hombres, entre los cuales estaba Lundy, armados todos, le habían rodeado, dispuestos a hacer fuego a la primera señal de alarma.

Durante unos inacabables minutos, en cuyo transcurso el resto de los hombres acabó de llegar allí, esparciéndose en un círculo de bocas de fuego, listas para hacer brotar de las mismas un diluvio de proyectiles, la arena continuó saliendo despedida a gran altura hasta que, de repente, cesó.

Paró de ser despedida a lo alto, formando una nube, pero no de ser amontonada a los lados, como si lo hiciera una excavadora, y al fin empezó a verse una cosa obscura, el zumbido monocorde y suave de cuyo motor llegó claramente a los oídos de los expedicionarios.

El zumbido se acentuó, como si la máquina hiciera un supremo esfuerzo y, con un gruñido final salió a la superficie.

Rodó por el suelo unos metros deteniéndose al fin, y entonces la puerta de una protuberancia que parecía la cabina, giró a un lado.

De la misma saltó al suelo un ser, que hizo que todos los terrestres se olvidaran de que tenían armas en la mano, y los cañones de éstas, sin darse cuenta sus propietarios, apuntaron al suelo, en tanto que Weema abría mucho sus azules ojos al verse rodeada por docena y media de personas vestidas por completo de una estrafalaria manera, llevando algo que parecían anticuadísimas armas en la mano y que asimismo se encontraban tan estupefactos como ella.

Tracy McKay miró a la mujer de mediana estatura que tenia enfrente, de cabellos rubios, casi blancos de tan claros, vestida someramente con un traje muy corto de una sola pieza, que, moldeaba sus deliciosas formas, pero lo que más le extrañó fue la extraña blancura de su piel, pálida casi transparente y, a través de la cual, podían apreciarse con toda claridad las azules venillas de los brazos.

Se dio cuenta inmediatamente de que aquella muchacha no podía hacerles ningún mal y, cambiándose de mano la pistola ametralladora, avanzó hacia ella, alzando la mano derecha en el universal signo de

paz.

—¡Hola! ¿Quién eres? Nosotros venimos de la Tierra y queremos ser amigos tuyos.

La sonrisa de ella no podía ser más encantadora, ni su voz más agradable al responder algo que de momento no entendieron, pronunciando en un idioma ininteligible para ellos, pero de repente la muchacha, en un gesto espontáneo alargó la mano y McKay la estrechó con calor.

—¿Amiga? —dijo, y ella, riendo repitió la palabra, poniéndose una mano en el pecho, contemplando a continuación, con viva curiosidad a Dominique, extrañándose sobremanera del para ella rarísimo color de cabello que acarició suavemente, como si dudara de que aquello pudiera ser real.

—¿Cómo te llamas? —preguntó McKay, y, señalándose a si mismo, dijo—: Tracy.

Comprendió ella, echándose a reír y, repitiendo el gesto, exclamó:

—Weema.

—¿Weema? —y ella asintió, echándose a reír infantilmente, pero de repente hizo un gesto, que fue comprendido inmediatamente por todos. Rodeándola olvidados por completo del motivo que los había llevado allí, hacían entre sí excitados comentarios. Agregó unas palabras, pero no la hicieron falta, porque inmediatamente todos se disputaron el honor de ofrecerla una lata de conservas.

Weema comió con buen apetito. La gustaba aquello y, por otra parte, hacia infinidad de años que no probaba la carne. Paro apenas si pudo terminar la comida, porque unos gritos que sonaron hicieron que McKay, Lundy y Dominique que estaban junto a ella, levantaran la cabeza.

Los hombres con O'Malloy a la cabeza, habían encontrado la entrada a los subterráneos y se estaban deslizando por ella.

—¡Por las barbas del Profeta! —masculló Tracy—: Nos habíamos olvidado de lo que nos había traído aquí. ¡Vamos allá! ¿Weema?

—Si —ya había aprendido alguna palabra y se levantó, ofreciendo confiadamente su manecita a McKay, que la tomó, presa de una extraña emoción que no había sentido jamás en su vida.

—Fíjate, Sean, en el viejo zorro. Parece un estudiante a su lado —murmuró irónicamente Dommy.

—¿Quieres que yo sea el tuyo? —preguntó amablemente Lundy, sin cesar de andar.

Era una mueca indefinible la que le hizo Dominique, pero no tuvo tiempo de hablar más. Ya estaban dentro del lugar del cual saliera Weema, y apenas habían dado un paso en su interior, cuando se quedaron petrificados, extáticos, suspensos por el enorme asombro que se apoderó de todos ellos.

El subterráneo se alargaba hasta perderse de vista. Brillantemente iluminado, millares y millares de objetos de todas clases, desconocidos la mayoría de ellos para los terrestres, que no podían comprender su utilidad; máquinas diversas; armas de distintas épocas, desde el puñal y el arco y las flechas, amén de la lanza, lujosamente exornados, hasta otras, de aspecto muy parecido a sus pistolas, pero que debían disparar proyectiles enteramente distintos.

Absorto en la contemplación de todo aquello, McKay no se dio cuenta de que sus hombres, O'Malloy incluso, se estaban esparciendo por el subterráneo, lanzando alaridos de júbilo cuando encontraban algo particularmente de su agrado, pero distracción y aquellos gritos fueron cortados de súbito.

El motivo fue que una voz poderosa que parecía brotar de todos los rincones empezó a oírse, hiriendo con sus palabras los tímpanos de los expedicionarios.

Lo de menos, y ya era bastante sorprendente, era que hubiera sonado una voz, ajena a la de todos ellos, una voz clara, agradable, de vibrantes y sonoras modulaciones. Lo más asombroso es que hablaba inglés, un inglés arcaico, lleno de modismos normandos ya en desuso, pero inglés perfectamente inteligible por otra parte.

—Esta es la cámara donde se encierran todos los tesoros que produjo la inteligencia de la humanidad de este planeta, al cual nosotros llamamos Quonza. En vísperas de una guerra, que amenazaba con la total destrucción de sus habitantes y, para los viajeros siderales, que un día, cercano o lejano, llegarán y descubrirán estos tesoros, el Consejo del Gobierno de Quonza acordó dejar una muestra de cada una de los objetos de uso en este mundo, antes de que fuera atacado por los exterminadores del Planeta Xiron, celosos de nuestra felicidad y nuestra sabiduría. Quienquiera que seáis los que lleguéis a estos

subterráneos, no dejéis de utilizar los objetos que os legamos para mejorar vuestras condiciones de vida. No uséis jamás las armas. Podríais destruir el mundo de que llegáis con la formidable fuerza que está almacenada en ellas y…

Calló el altavoz, en medio del expectante silencio que había seguido a sus primeras palabras, silencio que fue roto por la voz de Weema que dijo:

—Por lo visto no tuvieron tiempo da grabar todo el mensaje. Los hombres de Xiron se les echaron encima, y la guerra, dura, implacable, terminó con la total destrucción de unos y otros. Nadie se salvó.

McKay abrió desmesuradamente los ojos. ¡Weema también hablaba inglés!

—No estaba segura de que fuera vuestra lengua cuando os vi. Por lo visto ha cambiado bastante con el transcurso de los tiempos.

—Pe… pero… ¿cómo sabían ellos inglés? Tú lo has podido aprender aquí —murmuró McKay, estupefacto, como todos, que al oír las palabras del altavoz se habían ido reuniendo instintivamente junto a su jefe—: Pero, ¿y ellos?

—He vivido larguísimo tiempo aquí y he tenido tiempo de estudiar todo esto —respondió Weema, luchando en alguna ocasión con las dificultades lingüísticas naturales—: Sabían, no solamente el idioma de vuestra nación, sino el de las más importantes de vuestro planeta, al que llamáis Tierra, si no me equivoco. Los hombres de Quonza tenían una civilización adelantadísima, pero que no les impidió perecer en la espantosa guerra que se produjo cuando fueron atacados. Por eso desapareció todo signo de vida en la superficie de este mundo, barrido por millones y millones de explosiones atómicas.

—¡Es increíble! —murmuró McKay—. Algo que jamás hubiera sospechado. Pero ¿y tú, Weema? ¿Cómo llegaste aquí? ¿Quién te trajo?

—Es muy largo de contar…

Se interrumpió súbitamente. Frente a ella, en la pared, una máquina cuadrada, alta de tres metros de largo por otros tantos de ancho, acababa de dejar escapar un pitido penetrante, al mismo tiempo que dos o tres lucecitas encarnadas emitían su intermitente parpadeo.

Weema corrió hacia ella y movió algunos botones, apareciendo entonces un rectángulo de un metro aproximado de lado, negro, punteado de chispitas de luz, y en la que se veía un corpúsculo, también luminoso, moverse a gran velocidad.

—¡Alguien viene a atacarnos! —murmuró Weema, y sus palabras llenaron de alarma a los terrestres.

—¡Las ametralladoras! —rugió McKay, y su orden fue obedecida instantáneamente—. ¡Con carga explosiva!

CAPÍTULO VIII

McKay se volvió hacia Weema y la cogió por los hombros, mirándola intensamente:

—¿Cómo sabes tú que vienen a atacarnos? —inquirió, pareciendo ajeno por un momento al ajetreo que reinaba entre sus hombres.

Ella sonrió indefiniblemente:

—No es la primera vez que vienen esos hombres desde Xiron. Siempre han codiciado las riquezas de estos subterráneos, pero nunca pudieron con los Dungos. Éstos fueron siempre más fuertes. Ahora se habrán enterado de que han muerto y os creerán más débiles.

—Conque más débiles, ¿eh? —y soltándola, se acercó a la pantalla detectora—. ¿Cuánto crees que tardarán?

—No mucho más allá de lo que vosotros llamáis diez minutos.

—Está bien. ¡Señorita Moore! —llamó.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Deme comunicación con McAndrews. Hay que participarle lo que ocurre.

—Sí, señor McKay —repuso ella, empezando a manipular inmediatamente en su transmisor, diciendo al cabo de medio minuto —: Mc Andrews al habla, señor.

McKay tomó el transmisor y contempló el rostro de su subordinado en la diminuta pantalla.

—McAndrews —exclamó—: Abandonen todo lo que tengan entre manos. Hombres de otro planeta se dirigen hacia aquí con ánimo de atacarnos. Enciérrense en la astronave y salgan al espacio libre. Nosotros procuraremos… ¡McAndrews! ¿Es que no me hace usted caso?

El tercer oficial estaba mirando hacia lo alto, y luego su rostro enfocó normalmente, clavando sus ojos serenamente en los de su jefe:

—Me parece que ya los tenemos encima, señor. Un poco tarde llega el aviso y…

Desapareció de la pantalla en tanto que McKay se desgañitaba:

—¡Usen carga explosiva, Mc Andrews!

Lundy, a pesar de la situación tan apurada en que se hallaban, no pudo contener una sonrisa al escuchar los gritos de su pintoresco jefe, y tuvo la seguridad de que el tercer oficial había oído la recomendación de McKay sin necesidad de transmisor. Pero, como estaba mirando, junto con Dominique y Weema, por encima del hombro de aquél, lo que presenció en la reducida pantalla le heló la sangre en las venas.

Un extraño artefacto interplanetario, de una forma como jamás había soñado ninguno de ellos que existiera, acababa de aterrizar a corta distancia de su astronave. Parecía una inmensa lente bicóncava, de unos cincuenta metros de diámetro por diez o doce de espesor.

Una serie de lucernas circulares, al lado del borde central, corrían en circunferencia por toda la astronave, pero este detalle no era el más importante, sino la serie de chorros de gases que salían de una colección de orificios que se abrían en un reborde que había inmediatamente debajo del centro del «platillo», que no presentaba otra irregularidad y los cuales servían para impulsarle en todas direcciones. Cesaron de salir los gases de color anaranjado vivísimo, el aparato se detuvo en el suelo.

Inmediatamente se abrió una escotilla en la parte inferior, y medía docena de hombres, vestidos de una manera rara, pero en la que McKay no tuvo tiempo apenas de fijarse, salieron corriendo, agitando sus armas, pareciendo como si se acercaran a la cámara de televisión que sostenía.

Pero en el mismo momento, una serie de conos invertidos, de humo, llamas y arena, se elevó en los mismos pies de los desembarcados, envolviéndolos en el infierno de sus explosiones, al mismo tiempo que las detonaciones llegaban a los oídos de quienes estaban presenciando la asombrosa escena.

McAndrews y sus hombres no habían sido tardos ni reacios en utilizar sus armas y, por lo menos, sus primeras ráfagas, fueron bien dirigidas. Los seis primeros atacantes se disolvieron de una manera trágica al ser destrozados por el potente explosivo que contenían las balas de las pistolas ametralladoras que continuaron ladrando incesantemente, enviando rociada tras rociada de proyectiles al aparato especial, impactando en sus metálicos costados con espantoso fragor.

Decenas y aun centenares de chispazos, procedentes de la deflagración de la pólvora de las balas, surgieron cuando éstas impactaron en la astronave, envolviéndola en una nube de humo, que se disipó prontamente y, cuando esto ocurrió, tanto McKay e igualmente los que le rodeaban, se quedaron estupefactos.

Los metálicos costados no presentaban la menor señal de abolladura. Ni siquiera acusaron la tremenda eficacia de los explosivos, pero en aquel momento ocurrió algo definitivo.

Soltando chorros de gases por todas sus toberas, instaladas en círculos a su alrededor, la astronave se levantó del suelo unos cuantos metros. Y lo que ocurrió a continuación, reflejado fielmente en la pantalla, fue algo espantoso.

Navegando a ras de suelo, con agilidad impropia de tan enorme mole, el «platillo» fue recorriendo todos aquellos rincones en donde había uno de los hombres de la Tierra. Al llegar donde se encontraba éste, por el orificio más cercano a él; salía un potente chorro de gas incandescente y lo abrasaba vivo en una centésima de segundo, sin darle tiempo siquiera a exhalar un grito de dolor o de pánico.

Lenta, metódicamente, sin prisas, pero sin dejar nada al albur, los ocupantes de la extraña astronave fueron recorriendo todos los alrededores, evitando cuidadosamente que los terrestres llegaran al ascensor que los subirla a su propio aparato, en el que podían hallar una problemática salvación. Uno por uno fueron cayendo, y el último en ser borrado del mundo de los vivos, cosa que se observó perfectamente en la pantalla, fue McAndrews.

Se portó valientemente. Consciente hasta el último momento de su

irremediable fin, sin doblegar siquiera la rodilla, envió ráfaga tras ráfaga de proyectiles explosivos que detonaban estruendosamente al rebotar contra las paredes de la astronave, que continuó su avance seguro y metódico, sin desviarse siquiera un milímetro, y al fin el infierno, envolviéndolo en sus ardientes llamaradas, se abatió sobre él, consumiéndolo en un segundo sin que después del paso del "platillo" quedase en aquel lugar la más mínima señal de que Mc Andrews había estado allí, como así mismo ninguno de sus compañeros.

Durante unos minutos, tanto McKay como los que le rodeaban, permanecieron atónitos, estupefactos por completo, incapaces de reaccionar ante el nuevo desastre que había caído sobre la expedición, ya antes duramente castigada por sus propios errores. Pero unos alaridos que se oían en el exterior les sacaron de aquel estado de atonía, haciéndoles cerrar precipitadamente hacia fuera.

El segundo «platillo» ya había aterrizado y de su interior salió una numerosa turba de hombres, parecidísimos en un todo a los que habían visto a través de la televisión, armados con aquellos extraños fusiles cuya utilidad, de momento, no comprendió McKay, pero no en vano había obtenido alguna experiencia de las espantosas escenas que acababa de presenciar.

—¡Por aquí! ¡Venid conmigo! —y agarrando de la mano a Weema echó a correr, refugiándose detrás de la cúpula, en el preciso momento en que algunos proyectiles empezaban a silbar sobre él.

Un tremendo frío se abatió sobre los cuatro, pero no supieron a qué achacar aquel súbito descenso de la temperatura, Sin embargo, los atacantes vacilaron en su marcha, poniendo más espacio entre ellos, cuando una serie de explosiones comenzaron a sembrar la destrucción entre ellos.

Volaron los hombres en fragmentos, convertidos en sanguinolentos despojos, cuando los terrestres, disparando ferozmente, decidieron defenderse a sangre y fuego.

McKay enfocó en su visor telescópico, ajustándolo para visión simple, tres o cuatro guerreros enemigos que acudían hacia aquel punto disparando aquellos extraños proyectiles que producían un frío tan enorme cuando reventaban cerca. Hecho esto, oprimió el gatillo, al mismo tiempo que movía el arma en abanico.

No necesitó siquiera apuntar a los cuerpos de los enemigos. Le bastaba con que aquellas balas, relativamente pequeñas, pero que en su

interior llevaban una formidable carga de pólvora de rápida combustión y elevado índice expansivo, impactaran en el suelo, aunque fuera a seis u ocho metros de distancia del objetivo. El efecto era igual que el reventón de una granada de 75 de las de la ya lejanísima Guerra Europea de principios del siglo XX. Tan destructores eran los unos como los otros, sobre todo para objetivos relativamente pequeños como eran unos hombres.

Levantando nubes de arena que formaban, al mezclarse con el humo de los gases deflagrados, negros conos con el vértice en la tierra, los proyectiles estallaron envolviendo al grupo de atacantes en sus mortales abrazos, haciéndolos desaparecer momentáneamente tras la humareda que se elevó seguidamente a las explosiones.

Muy poca defensa ofrecía aquel lugar bastante llano, pero los terrestres, comprendiendo instintivamente que el mejor medio de repeler el ataque era ofrecer el menor blanco posible, se esparcieron en todas direcciones, disparando como energúmenos sus armas, cuyas detonaciones atronaban el ambiente, repercutiendo dolorosamente en los tímpanos.

Los hombres de Xiron, sorprendidos momentáneamente, vacilaron. Numerosos cuerpos de los suyos se veían ya tendidos, muertos, en el suelo, en tanto que sus disparos con los proyectiles hibérnicos no habían conseguido ningún efecto por no haber hecho ningún blanco directo, y así, cuando ellos habían sufrido un elevado número de bajas, los terrestres estaban, en cambio, incólumes.

Al lado de McKay se hallaba Lundy, disparando como él, formando con su pistola ametralladora una infranqueable barrera de fuego que detuvo en seco las primeras filas asaltantes. Disipado el humo, pudo McKay apreciar que los cuatro hombres que corrían hacia ellos habían sido destrozados por los proyectiles, y se extrañó de no ver más que tres cuerpos tendidos en el suelo, pero pronto halló la explicación. Un impacto directo había alcanzado a un atacante, disolviéndolo en menudos y sangrientos fragmentos que cayeron, como macabra lluvia, sobre los propios cuerpos inertes de sus compañeros.

Viendo la enconada resistencia que se les hacía, los guerreros de Xiron retrocedieron más que aprisa, hacia su aparato, sin dejar de disparar, y al ver aquello, algunos de los expedicionarios, Lundy entre ellos, abandonaron sus precarios refugios, poniéndose en pie y gritando alegremente:

—¡Se marchan! ¡Los hemos venci...! —gritó Sean, pero se interrumpió

bruscamente, y McKay, Dominique y Weema se quedaron horrorizados ante lo que estaban presenciando.

Algo chocó contra el cuerpo de Lundy, cortándole sus exclamaciones de placer en seco. Su cuerpo se quedó rígido, inmóvil, en la misma postura en que se hallaba al recibir el proyectil congelante, con los brazos extendidos, en el derecho la pistola ametralladora. Todo su cuerpo quedó repentinamente cubierto de una blanca capa vítrea, de un par de centímetros de espesor, que le inmovilizó grotescamente no sólo la expresión de júbilo, sino la postura en conjunto.

La frente de McKay se cubrió súbitamente de un sudor frío:

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Que nueva arma diabólica es ésa? Y entonces, sólo entonces, tuvo la explicación de por sí que había sentido durante unos segundos un intensísimo frío cuando los proyectiles enemigos habían impactado cerca de él.

Al mismo tiempo, dos o tres terrestres también fueron alcanzados por aquellos proyectiles hibérnicos o congelantes, y asimismo se quedaron quietos en la misma postura en que les había sorprendido la expansión del enorme frío contenido en las cápsulas disparadas. Y Dominique, aterrorizada, espantada por la suerte que había sufrido el segundo piloto, se arrojó sobre él, gritando:

—¡Sean, Sean! ¡Por el amor de Dios! ¡Contéstame! ¡Dime que no estás…!

Tampoco pudo concluir su frase, porque otro proyectil le alcanzó, dejándola convertida en una estatua de hielo, con los brazos alrededor del cuerpo de Lundy, con el gesto de dolor y desespero retratado en su rostro ya sin vida.

Durante unos momentos, la estupefacción y el desconcierto más grandes reinaron en las filas de los terrestres que, atontados por los terribles resultados de aquellas armas desconocidas por completo para ellos, olvidaron que tenían a su vez otras de distintos, aunque también terribles resultados, y los atacantes, dándose cuenta, menudearon sus disparos, causando una docena más de bajas.

Inmediatamente reaccionaron éstos, al oír el tronar profundo de la ametralladora de McKay que envió proyectil tras proyectil, levantando llamaradas y nubes de arena y humo a lo alto, pero aun cuando consiguió derribar un buen golpe de enemigos, al fin lograron éstos desaparecer en el interior de la astronave.

—¿Qué pensarán hacer ahora? —murmuró para si. Y entonces, una persona que tenía al lado y de la cual se había olvidado, le dio cumplida respuesta a tal autopregunta:

—Piensan emplear armas nuevas —le dijo Weema, y de nuevo, ante tales palabras, McKay sintió un escalofrío en la espalda.

Pero reaccionó en seguida. No era hombre que se dejara abatir por el desaliento y, además, tenía todavía grabada en sus retinas la espantosa muerte que sufrieran McAndrews y los que dejara allá junto a la astronave. Crispó los puños con rabia y llamó al resto de sus hombres, aprovechando aquella breve pausa en la lucha de la cual solamente quedaban unas cuantas estatuas de hielo y un buen número de cadáveres enemigos, en macabras posturas, enrojeciendo la gris arena con la sangre derramada.

Acudieron éstos velozmente y mientras así lo hacían, McKay sintió un soplo de desánimo infiltrársele en el espíritu. Apenas le restaban media decena de hombres vivos. Todos los demás, incluida Dominique, se habían convertido en estatuas de hielo que, como una ironía de helado humorismo, permanecían inmóviles, adornando con sus variadas posiciones la llanura en la cual se estaba a punto de reanudar la batalla.

—Les hemos causado bastantes bajas, muchachos. Más de treinta —dijo McKay, sin perder de vista el negro escotillón del «platillo», inmóvil a unos doscientos metros—. Pero, según tengo entendido, van a usar nuevas armas. Sólo hay, en mi opinión, un remedio para evitar que las pongan en uso contra nosotros.

—¿Cuál es, capitán? —preguntó uno, en tanto que recambiaba el tambor de municiones.

—Apenas veamos el menor movimiento en la entrada de ese aparato, concentrar todos nuestros disparos... ¡Ya están! ¡Duro con ellos! ¡Fuego a discreción! —gritó McKay, interrumpiéndose al ver aparecer al primero de los atacantes en la puerta de la espacionave, armado, con la misma pistola o fusil que usara anteriormente.

Un rugido de enorme estruendo, un hondo y estremecedor trueno se elevó desde el punto en que los terrestres habían decidido defenderse, cuando al unísono llamearon las seis bocas de sus ametralladoras, enviando verdaderas cataratas de balas explosivas a la escotilla de acceso de la nave espacial, reventando con terrible fragor, en medio de una serie ininterrumpida de estallidos de luces y masas de humo

negro que durante unos segundos ocultaron por completo la visión del objetivo.

Contra lo que esperaba, creyendo haber convertido por lo menos aquel trozo del aparato enemigo en un montón de chapas desgarradas y retorcidas, no había ocurrido nada. Ni tampoco al primero de los hombres que, seguido por el resto, continuaba imperturbable el avance hacia ellos.

—¿Qué hacemos, capitán? —preguntó uno, con evidente terror en su acento.

—¿Qué esperas que hagamos, idiota? ¿Para qué te sirve eso que tienes en la mano?

El otro miró compungidamente la pistola ametralladora, pero recapacitando, la levantó y oprimió el gatillo, moviéndola en abanico.

McKay iba a hacer fuego también, pero se quedó una vez más lleno de asombro, diciéndose que en lo sucesivo ya no le extrañaría nada de lo que pudiese ocurrir, por raro que fuera. ¡Pues las balas que había disparado el terrestre rebotaron inofensivamente a dos metros de los atacantes, como si hubieran chocado contra un muro transparente!

Durante un largo minuto, otra serie de balas, de izquierda a derecha, reventó inofensivamente contra aquella desconocida protección que parecía un muro de impenetrable vidrio y a favor del cual los hombres de Xiron continuaron avanzando imperturbables.

Aquello hizo perder los estribos al terrestre que había interpelado a McKay. Arrojando el arma, prorrumpiendo en alaridos de puro miedo, echó a correr hacia atrás, enloquecido, abandonando toda idea defensiva, pero no pudo dar media docena de pasos siquiera. Un proyectil congelante lo alcanzó, dejándolo súbitamente como clavado en el suelo.

A pesar de todo, McKay no dio por perdida la partida.

¡Apuntad a ras de suelo! —gritó, y comenzó a dar ejemplo, procurando que sus balas estallaran un par de metros antes de los pies de sus atacantes.

Pareció, en los primeros momentos, como si esta nueva táctica resultara eficaz, porque dos o tres cayeron al suelo, alcanzados por los efectos de las explosiones, pero inmediatamente la protección invisible fue ampliada y las balas reventaron inofensivamente.

McKay lanzó un juramento. Los enemigos estaban ya a menos de cien metros y todos los disparos estallaban inofensivamente. Decidido a usar el último recurso, levantó más aún el cañón de su pistola.

La ráfaga de proyectiles estalló a varios metros por encima de la cabeza de aquellos hombres que, sorprendidos, fueron abatidos en parte, antes de que, como la vez anterior, tuvieran tiempo de ensanchar el invisible muro protector, pero cuando lo consiguieron, aun a costa de dejar seis u ocho cadáveres más, continuaron avanzando.

McKay se dio cuenta de que ya no había nada que hacer. Desesperado miró en torno suyo y, enfurecido, arrojó el arma contra la arena, viendo que toda defensa era inútil ya.

Entonces vio salir de las bocas de las pistolas enemigas una serie de blancas luces, que cegaban momentáneamente la vista. Una serie de chisporroteos deslumbrantes fue captada por sus ojos, y acto seguido, los pocos hombres que le quedaban útiles, sin un movimiento, sin una sola contracción, fueron transformándose en estatuas de cristalino y transparente hielo. Y en el mismo momento, un proyectil de aquéllos le alcanzó a él.

Un frío intensísimo, doloroso, lacerante, se apoderó de todo su ser. La noción de la existencia se le fue alejando rapidísimamente, envuelta la mente en una blanquísima y helada esfera; pero antes de perder por completo el conocimiento, en el brevísimo espacio de tiempo que le duró aquella torturante situación, todavía alcanzó a apreciar cómo Weema, que se hallaba a su lado, desaparecía súbitamente sin dejar el menor rastro.

CAPÍTULO IX

Por segunda vez en el curso de su no larga existencia, Weema se había quedado sola.

Sin embargo, así como en las otras veces anteriores, su soledad había sido algo obligada por las circunstancias, ahora fue algo voluntaria, provocada por ella misma, consciente de que, quedándose allí, no conseguiría otra cosa que convertirse por el momento en una estatua

de hielo, mientras que, desapareciendo, quizá lograra ayudar a aquellos hombres que la habían liberado de las garras de los Dungos. Así, pues, en el mismo momento en que Tracy McKay, el hombre cuyo espíritu había logrado hacer blanco fuertemente en su ánimo, quedaba súbitamente paralizado, cubierto de una capa de hielo que lo sujetó en la postura en que recibió el proyectil con sus gélidos dedos, ella, con sus poderes mentales que antes no se atreviera a usar, temerosa de que los Dungos la hubieran seguido doquiera que hubiera ido, desapareció de aquel lugar, escondiéndose en uno de los innumerables rincones de aquellos subterráneos que ella conocía tan bien y que sería muy difícil de hallar por los hombres que habían llegado del planeta Xiron.

Entretanto, éstos no perdieron el tiempo. Abandonando fríamente los cuerpos de sus compañeros caídos en el combate, tomaron aquellas estatuas y las cargaron en su astronave. Ésta, a los pocos momentos de concluida la lucha, alzó raudo vuelo hacia el planeta del que procedían, satisfecho su jefe,

Elkass, de haber triunfado aun a costa de haber perdido dos tercios de sus efectivos. Pero la orden dada estaba cumplida y para su señor, Hhör, esto era lo importante. El que cuarenta guerreros hubieran muerto, horriblemente destrozados por las explosiones, no era sino una fruslería.

Weema contempló en la pantalla del aparato detector la marcha de la astronave. Estaba sola, pero ya no se hallaba poseída por el desánimo ni la indiferencia como antes lo estuviera. Ahora tenía un fin que cumplir y lo haría: salvar las vidas de aquellos hombres, en especial la del que los mandaba, y cuyo recuerdo se había grabado con tanta insistencia en su mente. Pero no podría entrar en acción en tanto no hubieran llegado a Xiron. Tendría que aguardar, aunque no mucho. Aquellas naves eran ciertamente muy veloces y devoraban las distancias siderales con rapidez astronómica.

Tracy McKay no hubiera sabido nunca el tiempo que permaneció en aquel letargo, ni tampoco conservó la menor noción de lo que le había ocurrido a partir del momento en que se desvaneció, presa de aquel intenso frío que le penetró hasta la médula de sus huesos.

El recuerdo de la misteriosa desaparición de Weema quedó enlazado, ante sus ojos, con el del hombre que repentinamente se reflejó en sus retinas.

En tanto volvía a la vida, en tanto sentía que un cálido torrente le circulaba por las venas, los párpados de McKay se abrieron

lentamente, viendo un hombre en la plenitud de su edad, de facciones perfectamente esculpidas, no exentas de una masculina belleza, pero en las que el detalle más sobresaliente eran sus grises ojos, de un tono muy claro, que daban idea de una fuerza física y espiritual, de una fuerza de voluntad realmente imponderables. Parpadeó asombrado, moviendo instintivamente brazos y piernas, como para hacerlos entrar en calor, y entonces el otro sonrió desdeñoso:

—No te hará falta eso, extranjero —agitó levemente la mano y alguien que estaba detrás de él se acercó con una copa llena de un líquido absolutamente transparente—. ¡Bebe!

McKay la tomó sin dejar de mirar a su interlocutor, pero vaciló, ante lo que Hhör sonrió:

—No temas. No es mi propósito darte muerte... al menos por ahora. Eso te reconfortará.

McKay se encogió de hombros filosóficamente:

—No deja de ser un consuelo... aunque algo triste. ¡En fin...! —e inmediatamente notó que todo el vigor perdido durante el tiempo que permaneciera en hibernación le era reintegrado por aquel brebaje de un gusto particularmente agradable.

Echó luego una mirada en tomo suyo: La estancia era semicircular, casi desprovista de muebles, de paredes transparentes en la parte curva del cilindro, enorme, y alineadas junto a la pared llana estaban las estatuas de sus restantes compañeros. Todos ellos permanecían en las diferentes posturas en que les había sorprendido el hielo.

—¿Para qué nos has traído hasta aquí? —preguntó McKay; y el otro se echó a reír al momento.

—¡Vosotros ambicionabais cierto tesoro. Nosotros también. Somos dos bandos y, lógicamente, sólo puede haber un vencedor. Lógicamente también ha ganado el más fuerte —exclamó Hhör satisfecho—. Aunque, a fuer de sincero, he de confesar que por unos momentos temí que Elkass —el hombre que mandaba la expedición de captura— fuera derrotado vergonzosamente. Esto no hubiera significado más que un aplazamiento en vuestra inevitable derrota, porque hubiera sido una simple cuestión el enviar más gente a combatiros. Pero Elkass me evitó esta vergüenza. Aunque anticuadas, vuestras armas son de un poder realmente formidable y destructor.

—¡Lástima que no tenga una a mano! —gruñó McKay, y luego,

pudiendo más su curiosidad que la rabia de saberse prisionero en un mundo absolutamente desconocido para él, inquirió—: ¿Qué demonios tienen esas armas vuestras que congelan a la gente como si fueran simples sorbetes?

—¡Ah! —rio alegremente Hhör—: Son proyectiles impulsados por aire comprimido. Pero al tocar con el menor obstáculo, liberan una enorme cantidad de frío que suspende totalmente las funciones de la vida, sin causar desde luego el menor perjuicio al organismo. Es algo largo y complicado de explicar, y por eso te hago gracia de ello.

—Hibernación, ¿eh? Un súbito descenso de la temperatura y ya está, ¿no? —dijo McKay.

—Exacto. Para coger prisioneros como vosotros, empleamos los proyectiles cuyos efectos has podido apreciar personalmente. Para otras cosas más útiles, operaciones quirúrgicas por ejemplo, la temperatura es bastante más alta, sin que llegue al punto de congelación, desde luego. Creo que en vuestro planeta también se usa un sistema parecido. ¿No es así?

—Sí, pero veo que estás enterado de muchas cosas. Nuestro idioma, nuestro planeta…

De nuevo volvió a reír Hhör:

—Todavía ignoras muchas cosas, terrestre.

—Por ejemplo, la manera de volver a mis hombres a la vida.

El otro lo miró astutamente:

—Estoy leyendo en tus pensamientos y sé lo que intentas hacer. Te prevengo que éstos —señaló a los que estaban armados a sus espaldas —dispararán apenas hagáis un movimiento sospechoso. Es probable que os conserve la vida, pero eso depende de vosotros más que de mí.

No contestó McKay, absorbiéndose inmediatamente en la contemplación del espectáculo.

—Empezaremos primero por la chica. Bonita, ¿eh?

McKay se encogió de hombros indiferente. Dos hombres colocaron una especie de fanal de vidrio transparente encima de Dominique, con dos orificios a ambos lados, a los cuales conectaron una especie de delgados tubos de material elástico. Hecho esto, de unos balones

cilíndricos, altos, comenzó a salir por un orificio, mediante la apertura de sendas llaves de paso, un gas rojo, verde por otro, que fueron transformándose en una nube blanca que ocultó por breves momentos la figura congelada de la mujer. Esto duró unos cinco minutos y, apenas transcurrieron, los operarios aquéllos aplicaron el tubo de otro balón parecido a los anteriores, pero mucho más grueso que, manejado convenientemente, aspiró en pocos segundos el gas blanquecino, dejando ver a la muchacha, cuyo seno se hinchó con un suspiro. Entonces le fue quitado, tras desconectar los tubos, la campana transparente, y McKay comprobó asombradísimo que de la espesa capa de hielo no quedaba el menor rastro.

Alguien se acercó con una copa llena del mismo liquido que él bebiera, y se la entregó a la muchacha que, atontada todavía, sin creer que había vuelto a la vida, se bebió su contenido mecánicamente, reaccionando al instante.

Lo primero que vio fue la inmóvil figura de Lundy y trató de arrojarse sobre ella, pero McKay se lo impidió:

—¡No! ¡Volverá a resucitar inmediatamente! ¡Entonces podrás hacerlo!

—Pero, ¿cómo...? —empezó ella a decir, curiosa; pero se calló viendo la serie de operaciones, análogas en un todo a las que ella, sin verlas, claro está, había sufrido. Antes de diez minutos Lundy había recobrado el normal uso de sus sentidos.

Se arrojaron uno en brazos del otro, sin poderlo remediar, en tanto los operarios, sin dar importancia al hecho, continuaban sacando del letargo a los demás prisioneros.

—¿Cómo ha podido ser esto, McKay? —preguntó Lundy apenas hubo reaccionado.

—Ya te lo explicaré más tarde, Sean. Ahora lo que nos interesa es saber cuál va a ser nuestra suerte.

Se lo dijo Hhör, cuando todos los terrestres hubieron sido deshelados:

—Vinisteis de vuestro planeta a buscar un tesoro para mí inapreciable. He sido yo el triunfador en este que podemos llamar torneo y, como tal, tengo pleno derecho a disponer de las vidas de aquellos a quienes he derrotado —su expresión era sumamente irónica. Continuó—: Pero luego os haré saber el destino que os deparo. Tengo que pensarlo todavía.

—No sé quién eres —le advirtió McKay—, pero quiero que sepas que, aún desarmados y todo, somos duros de pelar.

Desapareciendo por la puerta que había en el punto de unión de la pared curva con la plana, seguido por todos sus hombres, Hhör lanzó una sarcástica carcajada que puso frío en los ánimos de quienes la escucharon.

—¿Qué diablos querrá hacer con nosotros? —rezongó Lundy, sujetando por el talle a Dominique

—No lo sé —se encogió de hombros McKay, mirando en torno suyo, apreciando que no había otra cosa que unas cuantas sillas de extraña factura, en una de las cuales se sentó meditabundo, sin poner atención al murmullo excitado de las conversaciones de sus compañeros de cautiverio. A su lado se sentó, abatido más que nunca, de un sombrío humor rayando en la hipocondría, O'Malloy, sin decirle tampoco una palabra, aunque McKay no le hubiera contestado a buen seguro.

Estaba pensando en Weema. Toda su vida había estado huérfano de un cariño de mujer, y ninguna de las que había conocido en sus treinta y seis años de existencia le había parecido lo suficientemente dotada de las cualidades necesarias para hacerla su esposa. Pero Weema le había turbado más de lo que él mismo se pensaba, quizá por aquella misma deliciosa ingenuidad que había puesto en los pocos actos y palabras que había visto y oído durante el breve tiempo que estuvieran juntos. Si estuviera allí...

Se frotó los ojos estupefacto.

¡WEEMA ESTABA ALLI! ¡SE HABÍA MATERIALIZADO DE REPENTE, Y LE SONREÍA DELICIOSAMENTE!

Se puso en pie de un salto.

—¡Cielos! ¡Weema!

Ella le alargó sus manos complacida.

—Sí. Yo misma. He venido a tratar de ayudaros. Fuisteis muy buenos conmigo.

Atropellándose unos a otros, los hombres de la Tierra se amontonaron, disparando preguntas sin fin, hasta que McKay, imponiéndose, logró hacer callar a todos y, sin soltar las delicadas manecitas de Weema, le preguntó, mirándola al fondo de sus ojos:

—¿Cómo te las has arreglado para llegar hasta aquí? ¿Acaso te escondiste en la nave de esos granujas?

Sonó su risa como carillón de argentinas campanitas.

—¡Oh! ¡No, nada de eso! En vuestro idioma hay una palabra adecuada para expresar el medio que he usado para viajar... —se interrumpió mirando al techo, como buscando inspiración, y dijo—: ¡Ya está! ¡Teleportación! Eso es.

McKay la miró, como si viera. Visiones, exclamando estupefacto:

—Si no lo viera no lo creyera jamás. He visto hacer algunos experimentos de teleportación a algunos seres que se habían pasado su vida entregados a tal ciencia, y lo más que habían conseguido era mover con la mente una copa, no llena, desde luego, de un extremo a otro de la mesa. Pero que hayas atravesado el espacio que hay entre dos planetas, a través de la materia, eso es francamente increíble.

—Pues es verdad —sonrió Weema—. No pude venir antes hasta no saber el sitio en que pensaban traeros, pero una vez que lo averigüé, no me fue nada difícil. Tú mismo hubieras podido hacerlo de haberte empeñado en ello.

—¿Yo? —el asombro de McKay no era fingido.

—Sí. La mente humana tiene poderes todavía no utilizados por vosotros. No en balde me pasé tantísimos años encerrada en aquellos subterráneos, aprendiendo cuanto puede saber una persona en este mundo.

—Si eso que dices es cierto, ¿por qué no te escapaste del cautiverio de los Dungos? —preguntó, con lógica, Tracy.

—Porque ellos también se teleportaban y me hubieran dado fácil alcance —y les explicó en pocas palabras cuál había sido su vida desde la niñez hasta que ellos llegaron allí, lo cual inspiró un vivo sentimiento de compasión en todos los pechos, que impresionó grandemente a Weema.

—Está bien —murmuró McKay al cabo de unos momentos—. Ahora te tenemos a ti aquí y eres una inapreciable ayuda, Weema. Pero, dicha sea la verdad, tenemos muy poca confianza en las armas mentales y nos gustaría tener las nuestras.

—Si Weema tiene tantos conocimientos como dice, no le seria difícil

pilotar una astronave de éstas y llevarnos hasta la nuestra, dijo Lundy.

—Tienes razón —exclamó McKay, brillantes los ojos de excitación—. ¿Puedes tú hacer esto, Weema?

—Claro que sí —respondió ella confiadamente—. Sólo deseo demostraros de alguna manera mi gratitud.

—Bien. Usa tus poderes mentales —yo, a pesar de lo que dices, me veo incapaz de ver más allá de estas paredes—, y averigua dónde están nuestras armas.

Ante la expectante ansiedad de todos cuantos la contemplaban, Weema cerró los ojos y se concentró en sí misma durante un segundo. Luego abrió los ojos, sonriente.

—Están relativamente cerca de aquí.

McKay meditó un momento, buscando el modo de salir del atolladero, hallando al fin la solución.

—Dommy, esto es cosa de una mujer de la Tierra —y la cuchicheó algo al oído, asintiendo la otra complacida, yéndose al instante hacia la puerta.

Dominique tocó con los nudillos en la puerta e inmediatamente un hombre armado apareció.

La terrestre adoptó una seductora actitud, atusándose la cabellera y sonriendo melifluamente al centinela, haciendo que el hombre se esponjara. Dominique se le acercó coqueta, diciéndole unas palabras raras, en un idioma simulado, que el otro no entendió, pero que creyó comprender y echó una mano para rodear aquel incitante talle.

No llegó a completar el gesto. Una mano le asió por el cuello, introduciéndolo en volandas en la estancia, en tanto que Lundy cerraba la puerta, y treinta segundos después el hombre, despojado de todas sus armas, yacía en un rincón, absolutamente despreocupado de todo lo que iba a ocurrir a continuación.

Llevaba dos pistolas en el cinturón, algo diferentes. Weema las tomó y, tras unos momentos de atención, se las devolvió a McKay, instruyéndole en su manejo. Éste entregó otra a Lundy, diciendo:

—Nosotros dos encabezaremos la marcha. Procurad no hacer el menor ruido, ¿entendido?

Asintieron todos en silencio, menos Weema, que dijo:

—Yo iré contigo para avisaros de algún peligro que pudiera surgir de improviso.

McKay la contempló con ojos llenos de afecto.

—Eres una muchacha maravillosa, Weema.

La tomó de la mano, llevando en la otra, dispuesta a usarla en cualquier momento, la pistola que él creía disparaba proyectiles congelantes. No sabía la terrible fuerza que encerraba en su depósito.

Se quedó asombrado al salir al exterior. Una anchísima escalera, en caracol, pero de muy amplio radio, descendía contorneando la otra pared semicircular, con rellanos que daban a otras tantas habitaciones, cuyas puertas estaban cerradas, sin vigilancia alguna. McKay calculó que de un extremo a otro habría trescientos metros de distancia, pero el centro estaba ocupado por extraños tubos, verticales unos, otros horizontales, oblicuos algunos, que supuso serían los diferentes medios de comunicación más rápida que los mismos escalones, entre los diferentes pisos de aquel colosal edificio, cuyo final no se podía ver desde allí arriba.

De repente sintió McKay en su mano la presión de la de Weema y ésta, al oído, le dijo:

—¡Cuidado! ¡De esa habitación va a salir un hombre armado! Si puedes, procura no disparar más que en caso necesario. Quedaría registrada la descarga.

Asintió McKay, pero no pudo hacer ya más. La procesión se detuvo cuando él lo hizo, en el momento justo en que una persona abría la puerta que estaba al lado de ellos, quedándose un instante paralizada ante la enorme sorpresa que recibía.

Aquella duda le fue fatal. La culata de la pistola que empuñaba McKay cayó sobre su frente, ensangrentándole el rostro y derribándole sin sentido al suelo.

Ya eran tres los hombres que tenían armas, lo cual les infundió todavía más seguridad en el feliz final de su empresa.

Continuaron descendiendo con cuidado. Por la parte exterior, la escalera tenía un reborde hasta la altura de las rodillas, completado con una barandilla de tubo sostenida por pequeños postes del mismo

material a intervalos. McKay, sin soltar de la mano a Weema, sonriéndole de vez en cuando, sintiéndose extrañamente feliz al notar el tibio contacto de su suave piel, continuó andando, hasta que de repente otra puerta, cien metros más allá, se abrió repentinamente, al mismo tiempo que tres o cuatro hombres, charlando animadamente, salían por ella.

Llevaban el camino contrario y uno de ellos alzó los ojos, quedándose estupefacto al ver a los prisioneros que, según había oído, estaban a buen recaudo, no solamente libres, sino también armados. E inmediatamente echó mano a su pistola.

—¡Echaos al suelo! —aulló McKay, dándose cuenta de que el choque era ya inevitable—. ¡Detrás del reborde! —y al mismo tiempo empujó a Weema hacia el lugar indicado.

No sintió frío en esta ocasión cuando el proyectil disparado por aquella arma impactó a un metro de su cabeza, dejando un negruzco orificio, tras un cegador fogonazo, que no produjo apenas un leve chasquido. Todo lo contrario. Un calor ardiente se expandió y, durante unos segundos, McKay temió morir abrasado. Pero, reaccionando, levantó su pistola.

Lundy, sin embargo, había sido más rápido que él en aquella ocasión. Su pistola tableteó siniestramente, despidiendo centelleantes rayos de cárdena luz, y cuando sus proyectiles alcanzaron a los hombres que, a excepción del primero que se había dado cuenta, todavía no habían tenido tiempo de empuñar con eficacia sus armas, aquéllos desaparecieron, en medio de unas nubes de nauseabundo y oscuro humo, de las que, durante diez segundos, salieron multitud de chispitas doradas, que se esfumaron al desintegrarse totalmente los alcanzados.

—¡Corramos! —exclamó Weema—. ¡La alarma está dada! ¡Los detectores han registrado los disparos de las pistolas!

—¡Maldición! —juró por bajo McKay—. Ahora que todo iba tan bien. —Y mientras corría a toda velocidad, llevando de la mano a Weema, le preguntó: —¿Está muy lejos el lugar donde guardan nuestras armas?

—No —repuso ella—. ¡Cuidado! ¡Allí!

Esta vez el tropel de hombres que salían todos armados no le cogió de sorpresa. Zumbó su pistola, así como la de Lundy y el otro que había conseguido aunarse, y el grupo se disolvió en medio de chasquidos y

nubes de humo, no sin que alguien de ellos tuviera tiempo de hacer un par de disparos, que alcanzaron a dos de los hombres de McKay, haciéndolos desaparecer en contados segundos.

Pasando a través de las nubes de pestilente humo, que hacían toser y lagrimear, corrieron todos como locos unos cincuenta metros más, hasta que Weema exclamó:

—¡Aquí es, Tracy!

—¡Estupendo! ¡Vamos a darle a ese tipo lo que se merece!

Y, sin más, se precipitó adentro, sin tener tiempo de oír siquiera el grito de la muchacha que decía:

—¡No, Tracy! ¡No!

CAPÍTULO X

—¡Pasen, por favor! ¡No se detengan! —exclamó burlón Hhör, haciendo un amplio gesto con la mano.

Antes de lograr detenerse, todavía dio McKay tres o cuatro pasos, empujado por sus propios hombres, y de detrás de él salieron varios disparos hechos con aquellas pistolas desintegrantes que deflagraron en vano, contra una intraspasable protección transparente, al igual que la que usaron los hombres que les capturaron contra los proyectiles de sus pistolas ametralladoras.

Hhör continuó con su irónica sonrisa:

—No hay proyectil que atraviese esta barrera electromagnética. Invisible, pero muy eficaz, mis queridos amigos de la Tierra. ¿Cómo se les ha ocurrido escaparse? ¿Dónde piensan huir?

McKay calló sin saber qué responder. Su antagonista continuó hablando, pero su tono ya no era falsamente amistoso, sino duro, enérgico, imperativo:

—¡Tiren las armas al suelo! ¡Arrójenlas antes de que les haga desaparecer convertidos en humo maloliente!

Sonaron dos golpes secos cuando las pistolas de Lundy y el otro cayeron al suelo. McKay miró con desesperación en torno suyo. De nuevo se veía prisionero de Hhör.

Media docena de hombres se veían al lado de éste. Por la ancha escalera debían bajar más, a juzgar por los gritos que se oían. Y por si fuera poco, dos objetos, lejanamente parecidos a unos cañones, sostenidos por unos tubos verticales, giraron lentamente, uno a cada lado de la ancha estancia, enfocándole de tal forma que el final de sus trayectorias, cuando se disparasen, coincidiría exactamente con su cuerpo.

Hhör se dio cuenta de las vacilaciones de McKay.

—Mi querido amigo…

—¡No me llame amigo! ¡Yo no puedo serlo de quien ha hecho matar a sangre fría a diez de mis hombres! —exclamó airado McKay, pero más que nada lo dijo por ganar tiempo, pensando desesperadamente en el medio de salir de allí.

La solución le vino por el lado menos esperado: Weema.

Sin embargo, no habló. No le hizo falta para, concentrando su pensamiento, enviar un mensaje telepático al hombre que tenía al lado y que, simulando vacilar, en tanto estudiaba la manera de resistir o entregarse, tenía todavía su pistola en la mano, con el cañón mirando al suelo.

—Los electrodos, Tracy —y las palabras de la muchacha resonaron claramente en el interior de su cerebro.

La mirada de éste y su acción, comprendiendo inmediatamente lo que debía hacer, fueron instantáneas. A derecha e izquierda, en líneas verticales, podían divisarse una serie de círculos empotrados en la pared de donde salían las corrientes que establecían la barrera electromagnética que impedía el paso de los proyectiles. Su gesto cogió por completo sorprendido a Hhör, que dudó un segundo antes de oprimir el disparador de los tubos desintegradores que se hallaba sobre la mesa en la cual estaba apoyado.

Chasqueando duramente en el aire, una serie de disparos partieron de la pistola de McKay, que, al mismo tiempo que apretaba el disparador, saltó hacia adelante para evitar una posible descarga que lo fulminase. Con velocidad increíble, disparando de arriba abajo, inutilizó toda una fila de electrodos.

Un terrible estrépito se dejó escuchar cuando se produjo un ininterrumpido chisporroteo al desintegrarse los electrodos, formando una hilera de cortocircuitos, de la que salieron luces azules, rojas, amarillas, en destellantes y cegadores reflejos, confundidos sus sonidos con los latigazos de los proyectiles que los estaban destruyendo. E inmediatamente McKay dirigió el cañón de su pistola hacia Hhör, que, previendo el disparo, se inclinó rapidísimamente.

Sin temor a las posibles consecuencias, con saltos de tigre, McKay saltó hacia adelante, disparando ferozmente Y eliminando uno por uno a los hombres de Hhör, que, esquivando milagrosamente la serie de proyectiles que zumbaban por la habitación, logró escapar por una puerta contra la que se estrellaron ineficazmente los últimos disparos de McKay.

Eliminados bruscamente los hombres que acompañaban a Hhör, los terrestres, lanzando alaridos de júbilo, se abalanzaron como fieras sobre sus armas, cogiéndolas en el preciso instante en que una tropa de guerreros de Xiron hacían irrupción en la estancia disparando sus armas.

Retemblaron las paredes de la estancia cuando los primeros estampidos de las pistolas ametralladoras estremecieron el aire, haciendo que Weema, un tanto atemorizada, se refugiara junto a los brazos de McKay, que los abrió para protegerla, al mismo tiempo que trataba de buscar un arma.

Pero ya no le era necesario. Las balas de alto poder explosivo hicieron su obra, despedazando cuerpos, destruyéndolos y arrojándolos fuera con la expansión de su tremenda fuerza explosiva. El grupo asaltante quedó eliminado en menos de un minuto.

—¿Cómo nos las arreglaremos para salir de aquí? Suben más hombres por la escalera —dijo Lundy.

—Saldremos por la misma puerta por donde se fue ese granuja —masculló McKay.

—Y, ¿cómo? —preguntó Sean.

Dio una palmada en la culata de su pistola ametralladora:

—Esa puerta habrá podido resistir proyectiles desintegrantes, pero no creo que resista media docena de éstos. Estoy seguro de que no está construida para soportar la repentina expansión de los gases de la cordita «A». ¡Atrás todos!

Tenía razón McKay. Le costó un poco, pero al fin la puerta saltó hecha mil pedazos.

—¡Listo! ¡Vámonos!

Cuando cruzaba la habitación vio a Weema arrodillada al lado de uno de aquellos proyectores de rayos desintegrantes.

—¿Qué haces?

Ella levantó sus maravillosos ojos azules, sonriendo:

—Nada, Tracy. Podemos irnos. Sé el medio de salir de este planeta.

—Si lo consigues te daré un be... —pero se calló turbado.

Ella lo miró muy extrañada, no comprendiendo por qué no había continuado hablando McKay; pero no pudo hacer ninguna pregunta, porque el hombre, echándose el fusil al hombro por medio de la correa, la cogió en brazos, metiéndose por aquella puerta que no era ni más ni menos que la entrada del ascensor particular de Hhör, cuyo paradero desconocían en aquel momento.

—Hacia arriba, McKay. Este botón —murmuró a su oído Weema, y casi al instante, haciéndoles doblar las rodillas, el ascensor partió a una enorme velocidad, deteniéndose también con bastante brusquedad al llegar al final de su viaje.

Les dejó en la terraza, enorme, circular, en el mismo momento en que otro grupo de hombres armados, alertados sin duda por las órdenes de Hhör, salía por el extremo opuesto, y de nuevo las armas tronaron, destrozando a los guerreros, pero poco a poco, una por una acabaron por callar, no sin que cuatro hombres más desaparecieran volatilizados, convertidos en simples columnitas de humo que se disiparon rápidamente al contacto de la brisa que soplaba a quinientos metros sobre el nivel del suelo.

McKay alzó las manos desesperado. No tenían ninguna otra solución que entregarse. La intentona había fallado y así lo supo reconocer, sobre todo cuando vio que un platillo volante descendía verticalmente hacia el desanimado grupo, compuesto, además de las dos parejas, por O'Malloy quien, pareciendo haber perdido la expresión de abatimiento que le dominaba habitualmente, había combatido como un león, y cuatro tripulantes más, únicos supervivientes del numeroso grupo que saliera de la Tierra.

Convencido de que los terrestres se habían quedado ya sin armas, los guerreros de Xiron se fueron aproximando lentamente hacia ellos, con las suyas preparadas, pasando por encima de los sangrientos cadáveres de sus compañeros, en el mismo momento en que el «platillo» tocaba al suelo de la terraza.

Se abrió una escotilla y apareció en ella el irónico rostro de Hhör, en el mismo momento en que McKay, inclinándose sobre Weema, la decía:

—Usa tus poderes mentales y márchate de aquí. Nosotros no tenemos ya nada que hacer, pero tú puedes salvarte.

—Tengo una solución mejor que ésa —le sonrió ella—. Ahora verás.

Una especie de escalerilla se extendió hacia el suelo, por la que se dispuso a bajar Hhör todo satisfecho, pero en el mismo momento sus pies perdieron contacto con los peldaños.

Vaciló, se agitó de un lado a otro, como si estuviera zarandeado por unas invisibles manos, en tanto que de su garganta partían horribles gritos, mezcla de ira y pánico incontenido, y al fin, el formidable poderlo mental de Weema lo arrojó sobre sus propios soldados que, estupefactos ante el inusitado espectáculo que estaban presenciando, no se acordaban siquiera de que tenían armas, derribando unos cuantos de ellos, de cuyo momento de vacilación no dejó de aprovecharse McKay:

—¡A la astronave! ¡Rápido! ¡Es la única forma de salvarnos!

No hizo falta repetir la orden dos veces. El grupo de terrestres salvó la escasa distancia que los separaba del “platillo”, en un santiamén, aun antes de que los soldados, ocupados en atender a su soberano, pudieran darse cuenta de que los prisioneros se les escapaban.

Pero también instantáneamente el aparato se elevó rugiendo en el aire, movidas las palancas de mando por Weema, que se había sentado en el puesto de pilotaje, en tanto que McKay la preguntaba, atónito:

—¿Cómo sabes tú manejar esto?

—Es la primera vez que lo hago —sonrió la muchacha—, pero es muy parecido su manejo al que describían teóricamente los libros que había en Quonza.

McKay iba a continuar haciéndole más pregusta, pero en aquel

momento una voz se oyó por el transmisor, apareciendo en la pantalla el congestionado rostro de Hhör.

—¿Qué dice? —inquirió McKay, pero no fue necesario que Weema le tradujera la respuesta. En su cólera, Hhör, había olvidado que hablaba su propio idioma, y rectificando, aulló en inglés:

—¡Regresad o seréis fulminados! ¡Mirad!

Los dos tubos lanzarrayos que había en la estancia inferior habían sido elevados a la terraza y apuntaban hacia ellos. Durante unos instantes McKay tembló interiormente, pero la dulce presión de la mano de Weema le infundió una rara tranquilidad.

En lugar de obedecer, ésta dio más marcha todavía al aparato. La Tierra se fue empequeñeciendo en la distancia y, de repente, un relámpago cegador que oscureció por completo al Sol de aquel sistema, una inmensa bola de fuego, que parecía algo sólido, estalló en el lugar en que un segundo antes había estado el altísimo edificio, que desapareció en un santiamén, consumido por la gigantesca llamarada que lo devoró todo.

Durante cinco minutos más, rayos de todos los colores salieron del interior de aquella bola de fuego que cada vez se hacía más y más grande. Las líneas rojas, verdes, anaranjadas, azules, amarillas, cruzaron el espacio en todas las direcciones, hasta que la nube enorme, gigantesca, de vastísimas proporciones, que substituyó al espectacular incendio, fue ocultando con su negro sudario todo lo que estaba a la vista.

McKay se quedó estupefacto ante aquella explosión, de un terrorífico calibre, como nunca soñara en ver, y entonces comprendió por qué Weema se entretuvo en manipular en los tubos lanzarrayos. La miró:

—¿Qué hiciste? —preguntó.

—Invertí sus términos. El uno se complementaba con el otro. Es, aunque de una forma muy diferente, lo que en la Tierra llamáis electricidad positiva y negativa. Dos electricidades del mismo signo se repelen. De signo contrario se atraen. Hice que ambas fueran, si se puede decir así, en esta pobre explicación, del mismo sentido.

—Comprendo —dijo Tracy abrumado.

* * *

—¿No crees que nos atacarán? —preguntó McKay a Weema, días después, cuando su astronave había sido reparada totalmente y trasladada al cañón en el cual había enterrados tantos tesoros.

Denegó ella, agitando graciosamente sus rubios cabellos:

—No. Están muy ocupados en reconstruir lo que destruyó la explosión que provoqué y cuyo significado no comprenden todavía. Además creen que poseemos un arma de terrible eficacia y no se atreverán a intentarlo siquiera.

El trabajo de cargar la astronave terrestre, ya que la que se habían traído de Xiron era de muy reducido tamaño y apenas habían cabido los ocho supervivientes en ella, fue necesariamente largo y penoso. Pero ninguno tenia prisa, a no ser O'Malloy, que de nuevo había vuelto a caer en su mutismo taciturno, no contestando ni siquiera por monosílabos cuando se le hacia alguna pregunta.

El metal AntiGe de que estaban construidas aquellas cúpulas fue desmontado en parte. Gracias a las traducciones que les hizo Weema, encontraron la forma de cortar el metal a soplete en grandes pedazos, acondicionándolos en el espacioso almacén de la astronave los correspondientes a dos de ellas, aparte de cargar muchísimos objetos, libros, films, hilos grabados, armas y, en fin, todo cuanto pudieron, habiendo decidido volver en un segundo viaje, con otras astronaves en número suficiente para no tener que repetir el trabajo.

—Parece que el incansable McKay va a salir por fin de su estado de soltería —dijo un buen día Dominique, sonriendo a Sean Lundy que, de repente, sin justificación alguna, la cogió en sus brazos, cortándola la respiración.

Cuando los labios de ambos se separaron, él dijo todo gozoso:

—Yo debo imitar en todo a mi capitán. ¿Quieres dejar las transmisiones y encargarte de nuestro hogar?

Los ojos de ella contestaron todo lo que sentía en su corazón, pero no tuvo tiempo de expresarse verbalmente.

Unos gritos excitados sonaron, en tanto que los tres tripulantes que quedaban corrían hacia donde la astronave se estaba separando ya del

suelo, soltando potentes chorros de gases por sus toberas. Lundy corrió también, pero lo detuvo por un brazo McKay.

—¿Qué pasa? —preguntó estupefacto el primero.

—¡Ese canalla de O'Malloy! ¡Se marcha y nos deja abandonados a nuestra suerte! —replicó ceñudo Tracy, crispando los puños, centelleando los ojos, pero aflojando su tensión al sentir junto al cuyo el cálido cuerpecito de Weema.

—Puedes detenerlo —dijo ésta simplemente—. Deséalo.

McKay la miró asombrado.

—Haz una prueba —insistió la muchacha, y el otro deseó que se parase el suministro de combustible a los tubos, concentrándose todo lo que pudo

Desapareció todo cuanto le rodeaba. Creyó hallarse en un desierto esplendente de luz, solo, infinitamente pequeño, pero al mismo tiempo infinitamente poderoso, al mismo tiempo que una luz más potente aún cruzaba el espacio de arriba abajo.

Pero del éxtasis en que había caído le sacó la presión de la mano de Weema:

—¡Mira! —le dijo.

Siempre, mientras vivió, creyó Tracy McKay que aquel aislamiento le había durado una eternidad de tiempo. Creyó que el tiempo que estuviera concentrado en sí mismo, deseando el castigo de quien, sin piedad alguna les abandonaba, había sido de años enteros, pero cuando volvió en sí, todavía la astronave no había tocado tierra.

Sus tubos estaban apagados. No salían ya gases de ellos. Y con un terrible estrépito se abatió contra el borde del cañón. Luego, rebotando espantosamente, dando horribles tumbos, dejándose trozos de la estructura en cada saliente de los farallones, cayó al suelo desde más de diez mil metros de altura, destrozándose y abriéndose como una granada.

Horas más tarde, dispuestos para la marcha a la Tierra, habiendo salvado de la catástrofe unos pocos víveres y algo de agua que les serían más que suficientes, al tomar los mandos del «platillo», McKay miró a Lundy:

—Renuncio a una segunda expedición en busca de este tesoro, Sean. Tú serás quien la mandes.

—¡Caramba! —abrió la boca el otro asombradísimo—. ¿Qué piensas hacer? —inquirió a continuación.

McKay miró a Weema y sonrió. Ella le correspondió y no se echó atrás cuando el terrestre oprimió suavemente sus labios. Después, el hombre rodeó los delicados hombros con su brazo, al mismo tiempo que daba marcha al aparato y dijo:

—¡Yo ya he encontrado mi tesoro!

FIN

sasasas